EL DUENDE.

Zarzuela original en dos actos,

POR

DON LUIS OLONA,

MÚSICA DE

DON RAFAEL HERNANDO,

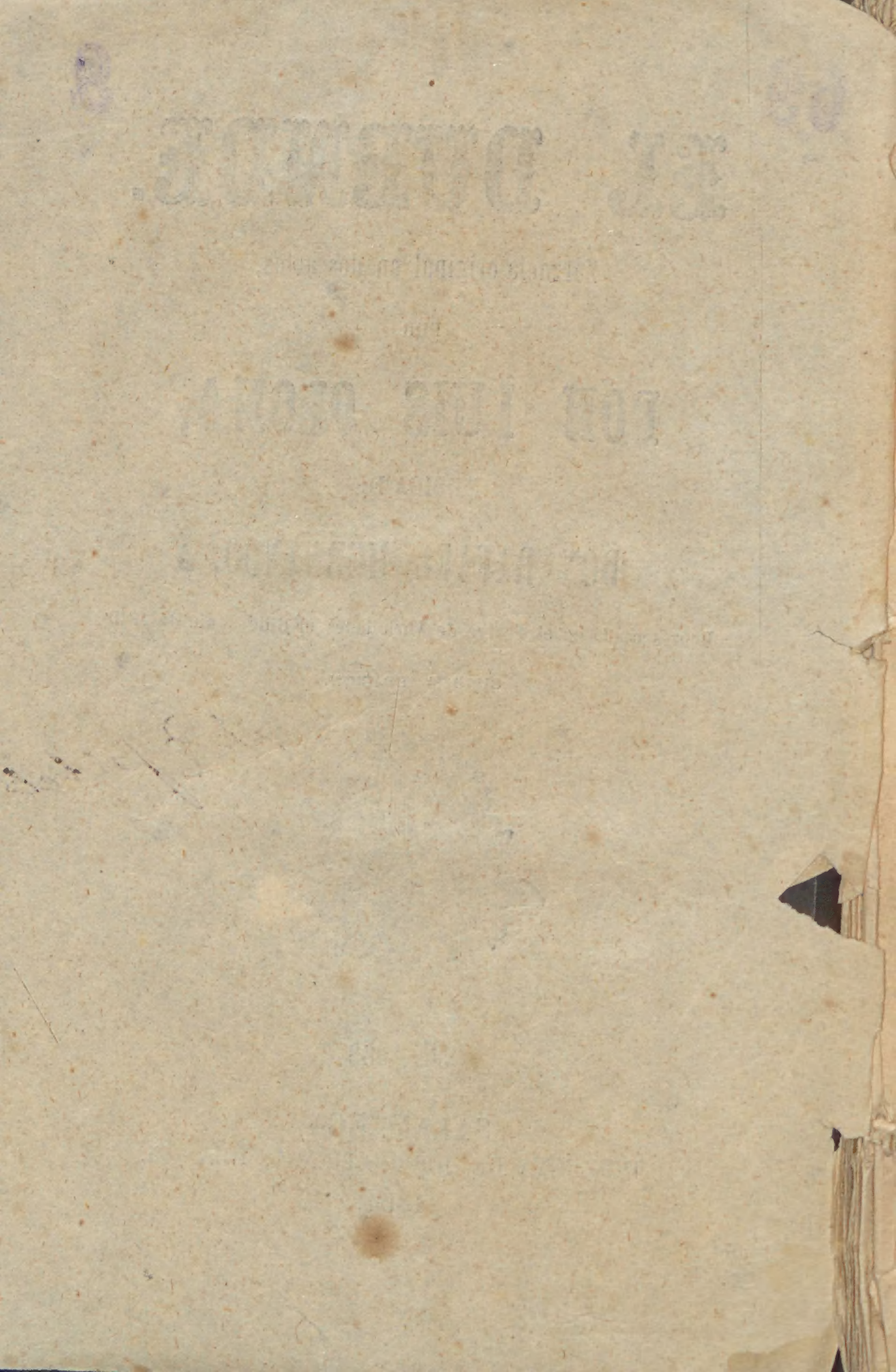
Representada en el Teatro de Variedades el 6 de Junio de 1849

CUARTA EDICION.



N.º 33.

SALAMANCA:
IMPRENTA DE JOSE ATIENZA, RUA, 45.
1864.



A LOS

ACTORES Y ACTRICES

QUE HAN TOMADO PARTE

EN LA REPRESENTACION DE ESTA ZARZUELA,

como prueba de aprecio á la eficacia, esmero y perfeccion con que la han ejecutado.

S. A. A.

Luis Olona.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA INES, ...	DOÑA JUANA SAMANIEGO.
DOÑA SABINA.. . . .	DOÑA MARIA BARDAN.
JUANA..	DOÑA JOSEFA RAMOS.
QUITERIA..	DOÑA JOAQUINA CARCELLER.
DON CARLOS.	DON MANUEL CATALINA.
DON DIEGO..	DON JOSE CORTES.
DON CALISTO. . . .	DON JOSE AZNAR.
ANTONIO.	DON FERNANDO NAVARRO.
EL CABO CORREA. .	DON ENRIQUE LOPE.
EL TIO EMETERIO..	DON JUAN ANTONIO CARCELLER.
DON VENANCIO. . .	DON BENITO FLOREZ.
PERICO..	DON FELIX DIEZ.

CAZADORES, LUGAREÑOS, SOLDADOS, RECLUTAS.

La accion en 1849.—Empieza al anochecer y concluye al amanecer del dia siguiente.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja en una casa de campo cercana á Madrid: puertas laterales. Al fondo una ventana baja grande de reja; mesa, sofá, sillones, etc. (1)

ESCENA PRIMERA.

CAZADORES dentro. Se oyen trompas de caza.

CANTO.

CORO. Al ciervo!
OTROS. Corramos!
(Suena un tiro.)
GRITOS. ¡Viva!
CORO. Ya en tierra cayó!
(Toque de trompas.)
La noche en los campos
su sombra derrama,
la trompa nos llama,

(1) Se entiende por derecha é izquierda la del actor.

la caza acabó.
Marchemos, amigos,
llevando en trofeo
la rés que el ojeo
propicio nos dió.
Marchemos, marchemos,
La caza acabó.
(El coro se aleja hasta no percibirse.)
Marchemos.

ESCENA II.

JUANA. Sale con una luz que pone sobre la mesa. En seguida se dirige á la ventana de reja, y mira por ella hacia el sitio por donde se alejan los cazadores.

JUANA. Gracias á Dios que nos dejan en paz los benditos cazadores! Qué voces! Qué tiros! Qué escarceo! Jesus! Como hace tres meses que vivimos con tanto sosiego en esta quinta, y que no ponemos los pies en Madrid, aunque nos hallamos de él á corta distancia.... Ay! No tan corta para quien se ha dejado por allá un pedazo de su corazon. Ya se vé! una tiene que seguir á sus amos, que quieras que no, y....

ESCENA III.

JUANA. ANTONIO asomándose por la parte esterior de la verja.

ANTON. Juanita!
JUANA (Volviéndose asustada.) Ah!
ANTON. No te asustes: soy yo.
JUANA. Antonio!
ANTON. Sí, tu Antonio, paloma de mis ojos.
JUANA. Es posible! Tú por aquí?
ANTON. Mira. Cómo podria yo colocarme ahí dentro?
JUANA. No, no; de ninguna manera.
ANTON. Es que tengo que hablarte de un asunto muy sério, y no quiero que me vean.
JUANA. De un asunto muy sério! (Dios mio! Esto es que viene á casarse conmigo!) Aguarda voy á brirte

(Se dirige á la mesa; coge la llave de la verja y abre.) Entra, y no metas ruido; no venga mi señora y...

ANTON. (Entrando.) Magnífico!

JUANA. Ah! Te prevengo que no me gustan los juegos de manos.

ANTON. Sí... para juegos estoy yo.

JUANA. Te has acordado mucho de mí?

ANTON. Eso me preguntas? Si vieras con qué tristeza me ponia á mirar la fuente de las cuatro estaciones, donde pasábamos aquellas tardes tan... Pues y ahora, que he dado en soñar todas las noches contigo?

JUANA. Ahora no mas? A mí hace mucho tiempo que me sucede lo mismo.

ANTON. Ay! porque se acerca nuestra eterna separacion!

JUANA. Eh? Nuestra... Pues á qué has venido? Habla.

ANTON. A despedirme de tí.

JUANA. (Alarmada.) Y á donde vas?

ANTON. Muy cerca. A Pekin lo menos.

JUANA. (Admirada.) Tú?

ANTON. Es decir mi amo y yo.

JUANA. Pero qué amo es ese que hace un viaje semejante?
(Afligida.) Y yo tan tonta que me figuré que venias á casarte conmigo!

ANTON. Si. A la vuelta de la China.

JUANA. Cómo! Se le figura á usted que le voy yo á estar esperando toda la vida? No, hijo mio: la cosa urge... Está usted? No es usted tan jóven para que asi desperdicie el tiempo.

ANTON. Pero Juanita, oyeme, y...

JUANA. Sea usted fiel para que luego la dén este pago!

ANTON. Oye la mas lamentable historia...

JUANA. Si: algun embrollo. Déjeme usted en paz.

ANTON. (Asiéndola de la mano y con dulzura.) Ven aquí, muger, ven aquí. Puedo hablar sin temor?

JUANA. Acabemos.

ANTON. Tú no conoces á mi amo?

JUANA. Ni quiero y ahora que le he tomado tirria...

ANTON. Pues... ya te dige en otra ocasion que mi amo tiene un tio muy rico... que este quiso casarlo con una prima residente en Sevilla, jóven, viuda y rica tambien segun parece; pero á quien mi amo no ha visto en su vida.

JUANA. Nada de eso tiene que.,.

ANTON. Aguarda un instante.

JUANA. Si esta es la quinta vez que me lo cuentas. Tu amo, que es un calavera y un ingrato, como tú, sé negó á ese matrimonio; de cuyas resultas su tio hace un año que no quiere verle ni oirle, y que le ha desheredado. Muy bien hecho.

ANTON. Mal corazon!

JUANA. Asi aprenderá á obedecer á sus mayores.

ANTON. Mira. Casi iba á hacerlo al verse acosado por la escasez, y sobre todo por los acreedores; pero cuando pensaba escribir una carta á su tio sometiéndose á su voluntad... cátate que una noche de carnabal va á los salones orientales y.., el diablo sin duda llevó allí un dominó color de naranja, que le trastorno el juicio. Adios sumision! Adios arrepentimiento!

JUANA. Si las máscaras son la perdicion de los hombres!

ANTON. Renuncia á escribir á su tio, y... lo peor es que no vuelve á ver por mas que la busca por todo Madrid á la que aquella noche habia cautivado su alma.

JUANA. Me alegro.

ANTON. Y para colmo de desdichas... Estremécete! A los dos dias le toca la quinta.

JUANA. Cae soldado!

ANTON. Número seis, segunda edad. No tenia mas remedio que apelar al dinero, y por lo tanto escribir al viejo!... lo hace, y este no le contesta. El tiempo pasa... mi amo no se presenta al llamamiento del diario oficial... sabe que anoche por último van á prenderle á su casa. Qué hacemos entonces? Zas! Tomamos el camino, y aqui nos tienes, que venimos á presentarnos al tio de mi amo, que se halla en esta quinta donde segun parece, ha venido á casarse con una viuda algo jamona, pero retoñada, que á lo que adivino es ni mas ni menos que tu señora.

JUANA. Jesus! Jesus! Me he quedado aturdida! Es posible? Conque don Calisto...

ANTON. Es el tio, el célebre tio que si no apronta sus patacones, no hay remedio, tenemos que seguir corriendo hasta la China.

JUANA. (Con vehemencia.)Pero tu que no eres quinto, ni

sobrino de don Calisto, ni nada de eso...

ANTON. Oh! Yo soy un criado fiel, Juana.

JUANA. (Gimoteando.) Pero.... separarnos así... Cuando ménos lo esperaba...

ANTON. Vamos! No llores... (Afligido.) que á mi tambien se me saltan las lágrimas.

JUANA. (Enternecida.) Antonio!

ANTON. (Dándole la mano.) Juana!

CANTO.

JUANA. Bien sé yo que tal ausencia
será olvido para mi.

ANTON. No llores, no, que tu Antonio
(Señalando al corazon.)
te lleva grabada aquí.

JUANA. (Afligida.)
Ay!... No.

ANTON. (Idem.)
Ay!... Sí.

LOS DOS. (Suspirando.)
Ay! ay! ay!!

JUANA. Que el amor que de aires muda,
se convierte en aire al fin.

ANTON. Que si mi amor de aires muda,
no mudará para tí.

JUANA. Pero... Crees tú que don Calisto deje abandonado á su sobrino? Que no se ablande á su ruego?

ANTON. Eso es lo que sabremos muy pronto... Está en casa el viejo?

JUANA. Nunca sale de ella. Si vieras la vida tan triste que paso en este desierto? Y todo por culpa suya; porque á mi ama bien le gusta divertirse á pesar de sus años: pero él es tan celoso... tan huron!

ANTON. Pues una vez que está aquí, voy á avisar á mi amo que me espera en el olivar.

JUANA. Pero no nos volveremos á ver?

ANTON. Pues no que no!

JUANA. Entonces hasta luego.

ANTON. Adios. (Se va por la ventana. Juana la va á cerrar.)

ESCENA IV.

JUANA. DOÑA INES, cubierto el rostro con el velo del sombrero.

INES. (Saliendo por la primera puerta derecha.) Con su permiso de usted.

JUANA. (Volviéndose azorada y dejando la llave en la verja.) Eh! qué es eso?

INES. Don Calisto Rebollo...

JUANA. (Quién será esta muger?) Está allá dentro.

INES. Solo?

JUANA. No por cierto. En compañía de mi señora.

INES, Entonces.

JUANA. (Creo que no le ha hecho gracia la noticia.) Quiere usted que le pase recado?

INES. Si: dígale usted... pero no... mas vale....

JUANA. (Qué misterios.!)

INES. Me parece usted una jóven discreta.

JUANA. Siempre he tenido esa fama. (Será algun trapillo del viejo?)

INES. Y como la discrecion merece su recompensa, me hará usted el favor de admitir este corto obsequio. (Dándole una moneda.)

JUANA. Una moneda de cuatro duros! Oh! yo no sé si debo.....

INES. No abrige usted ningun recelo. Aquí se juega limpio.

JUANA. (Calle!).

INES. Ahora falta que usted tenga la bondad de avisar á don Calisto de que le quiere hablar una persona, y que eso lo haga usted de manera que su ama de usted no se aperciba de ello.

JUANA. Voy. (Se va y vuelve.) Pero cuál es su gracia de usted?

INES. Dijimos antes que la discrecion merecia una recompensa.

JUANA. Es verdad. Ya me olvidaba de los cuatro duros. Espere usted un momento. (A qué vendrá tanto tapujo?) (Váse.)

ESCENA V.

DOÑA INES. DON DIEGO.

Ines. (Sola.) Mis sospechas se realizaron. Don Cárlos acude al fin á su tio viéndose perdido, y por salvarse accederá á cuanto este le ordene sin esceptuar nuestra boda. No es esto lo que yo deseo. Yo no quiero que sea mi esposo por dar gusto á su tio, sino porque me ame! Qué! no valgo yo por mí lo bastante para conquistar el corazon de un jóven? Por lo menos ya ha fijado en mí la atencion sin saber quien yo soy... pero todo mi plan naufraga si don Calisto se enternece y don Cárlos capitula. Nada, adelante con la idea, y veremos por donde salimos.

Diego. (Sale de puntillas por la primera puerta derecha, y dice aparte mirando á Doña Inés.) No me engañé: era ella. Bien la conocí al volver de la caza.

Ines. Cuánto tarda!

Diego. (Pues señor, sepamos de una vez... don Calisto! No quiero perder esta ocasion.) (Se esconde en el cuarto segundo derecha.)

ESCENA VI.

INES. DON CALISTO.

Calist. Una muger desconocida? (Doña Inés se levanta el velo.) Inés!

Ines. La misma, querido tio.

Calist. Tú por aquí? Por qué no te has anunciado desde luego?

Ines. Por que he querido hablarle sin testigos, y mi presentacion á la Señora de esta casa me privaria ademas...

Calist. Cómo! Das un tono tan misterioso á tus palabras...

Ines. Estoy indignada, querido tio!

CALIST. Tú! pues que sucede?

INES. Su sobrino de usted...

CALIST. No me lo mientes.

INES. Su sobrino de usted vá á venir de un momento á otro.

CALIST. Aquí? Qué escucho?

INES. (Dándole una carta.) Lea usted esta carta, y se convencerá de ello.

CALIST. Esta carta? que significa...

INES. Ha llegado á mis manos sin saber cómo.

CALIST. (La abre y lee.) «Duende mio..» (Hal lado.) Su duende! Qué estravagancia es esta? (Leyendo.) »Duende mio; desde la noche que en los salo- »nes orientales me prometiste que al baile si- »guiente no solo te quitarias la máscara sino »que responderias á mi declaracion de amor, »no te he vuelto á ver: en cambio he recibido »varias cartas sin firma que me han trastornado »el juicio. Yo te adoro: sí; pero mi desdicha »me obliga á implorar la clemencia de un tio »despiadado»... (Halblado) Ah! bergante!... (Leyendo.) «que tal vez me imponga condiciones »que nunca sin embargo me harán olvidarte. »Adios, y perdóname, soy muy desgraciado?...» (Deja de leer.) Pero á quien le escribe este billete?

INES. Eso no es del caso. Lo que importa es que viene á verle á usted... que le necesita.

CALIST. Sí, la semana pasada recibí una carta suya, para que le librara de ser soldado.

INES. (Con mucho interés.) Qué dice usted? ha caido el pobre...

CALIST. Eh? le compadeces?

INES. (Disimulando.) Yo? No por cierto... Ahí tiene usted lo que yo le decia. Le necesita á usted, y tendrá hasta la poca conciencia de acep ar mi mano por no entrar en la milicia. Le prevengo á usted... y para eso he venido, que no cuente con mi consentimiento; que ya no quiero á su sobrino ni bendito.

CALIST. Pero...

INES. Nada, lo dicho. Cuando me escribió usted á Sevilla proponiéndome esta boda, la acepté; pero despues que sin haberme visto en su vida, sin

conocer mis cualidades me ha despreciado... le detesto, Jesus! Yo casarme con semejante calavera! Por lo que hace á usted, no quisiera que despues de lo que ha sabido, fuese usted juguete de su gazmoñería.

CALIST. Yo? Facilito es. Conmigo no tiene que contar para nada.

INES. (Aparte.) Ay! Dios me perdone lo que hago, siquiera por la intencion!

CALIST. Asi pues, apruebo tu conducta. Oye: lo que siento es que no te cases pronto con alguien digno de tí.

INES. Tranquilícese usted, querido tío. No llevo mas que dos años de viuda y... ademas no me faltan pretendientes. Sin ir mas lejos, don Diego Ribera el coronel.....

CALIST. Con efecto.

INES. Ahora se halla mandando el depósito de quintos de Alcalá; pero pronto volverá á Madrid y entonces...

CALIST. Pero el bribon de mi sobrino. Se atreverá á presentarse aquí? Querrá tal vez impedir mi matrimonio?

INES. No por cierto.

CALIST. Es muy capaz de ello. Esta boda desbaratará sin duda los cálculos que tenga fundados sobre mis bienes y... le voy á tirar por un balcon. (Se oye dentro la voz de don Cárlos que grita aturdidamente.)

CARLOS. (Dentro.) Por donde diablos se entra?

INES. Cielos! es su voz!

CALIST. Cayóse la casa á cuestas!

INES. Oh! verme cara á cara con él por la vez primera!...

CALIST. Y qué te importa?

INES. Ocúlteme usted por Dios, y no diga que estoy aqui, ni á el ni á nadie.

CALIST. Pero á qué asunto?

CARLOS. (Dentro.) Don Calisto! Don Calisto Rebollo! Me entienden ustedes ahora?

CALIST. Entra ahí... (Guiándola al cuarto segundo izquierda.) pronto. (Inés entra con él.) Pues no viene moviendo mal escándalo!

ESCENA VII.

DON CALISTO. DON CARLOS.

CARLOS. (Saliendo aturdidamente.) Habrá gente mas torpe y mas... (Al ver á su tio y quitándose el sombrero.) Huy!

CALIST. (Con ridícula gravedad.) Quién es usted?

CARLOS. Buenas noches, tio.

CALIST. Qué busca usted en esta casa?

CARLOS. (Malo.) Yo.. la...

CALIST. Váyase usted inmediatamente.

CARLOS. Cómo, tio! Reniega usted ya de su sangre?

CALIST. Eh? (Casi tiene razon!)

CARLOS. De la sangre que...

CALIST. Chito! (Despues de una pausa.) Siéntese usted.

CARLOS. (Ya se humaniza!) (Otra pausa.) Pues señor usted dirá lo que...

CALIST. (Interrumpiéndole.) Usted no dirá nada hasta que yo le pregunte. (Pausa. Don Calisto coge una silla con cierto aire: Don Carlos cree que se la va á tirar y retrocede. Don Calisto se sienta en ella gravemente.) (Don Carlos se sienta tambien.)

CARLOS. Bien; ya me callo. (Pausa.) Esta va despacio.

CALIST. Levántese usted. Cierre usted esa puerta. (Por la izquierda. Carlos vá haciendo lo que su tio le manda.) Ahora siéntese usted.

CARLOS. Pero tio... nos vamos á estar asi toda la noche?

CALIST. Chis! Baje usted el diapason... No quiero que nadie se entere de lo que no es menester.

CARLOS. Sí, pues hasta ahora no sé de qué se han de enterar.

CALIST. Estoy dispuesto á escucharle.

CARLOS. Tio... usted es mi padre.

CALIST. (Retrocediendo espantado con silla y todo.) Cáspita! Cómo es eso?

CARLOS. Quiero decir, usted es para mí lo que seria mi padre si viviese.

CALIST. Asi sucedia en otro tiempo, pero desde hace un año sabe usted que ni yo he querido volverle á ver, ni usted puede contar conmigo para nada.

CARLOS. Gracias, tio. Yo bien conozco lo mucho que le

debo, y nunca me habria espuesto á su enojo, á no acordarse usted de proponerme esa maldita boda con una muger desconocida, y á quien mal podia yo tener cariño.

CALIST. Chiss. He dicho que baje usted el diapason. (*Mirando al cuarto donde está oculta Inés.*)

CARLOS. Desde entonces, me negó usted su amistad... y lo que es peor aun, le dió á usted la estravagancia... digo, le ocurrió á usted la idea de casarse.

CALIST. Qué! me viene usted á pedir cuentas?

CARLOS. No, tio, no. Le vengo á pedir á usted dinero,

CALIST. Dinero? A mi dinero? No tengo un cuarto! (*Levantándose. Don Carlos hace otro tanto.*) No quiero darlo.

CARLOS. Es que he caido soldado.

CALIST. Aunque caigas trompetero! No seré yo quien te libre.

CARLOS. Bien; ya dije yo que su enfernal boda borraria de su alma los últimos restos del cariño que un tiempo me tuvo.

CALIST. Señor sobrino!

CARLOS. Claro: yo soy muy franco, tio. Ya se vé, usted no querrá gastar ahora sus pesos duros...

CALIST. Yo no tengo eso.

CARLOS. (*Alzando la voz.*) Sus pesos duros.

CALIST. (*Queriendo apagar la voz de Carlos.*) Chiss!

CARLOS. Pues!... Sino en comprar diges á su novia, en empavesarla.

CALIST. (Uf! Me ahogo!) Mira, bergante!

CARLOS. Bueno: dígame usted lo que guste; castígueme usted: pero yo he de quejarme, y en voz alta... Si señor.

CALIST. Ven acá, condenado.

CARLOS. Ya sucumbe.

CALIST. Cuanto....

CARLOS. (*Poniendo la mano como para recibir.*) Cuanto? Muy poco. Con doce ó quince mil reales.

CALIST. (*Dándole un sopapo en la mano.*) Eh! no digo eso.

CARLOS. Perdone usted: creia....

CALIST. Cuanto te sucede, quien lo ha buscado sino tú con tu desobediencia?

CARLOS. Pero vamos á ver... querido tio. Por qué habia yo de casarme con esa dichosa novia, que

usted en mal hora me buscó, no se donde, y que tantos sinsabores me cuesta, cuando existe otra á quien amo, á quien adoro!... otra!. . Ay! si la viese usted....

CALIST. Cómo! Esas tenemos?

CARLOS. Tio... yo sé que usted es hombre de gusto, y si la conociera... vamos *bocato di cardinale.*

CALIST. Alguna marujilla!

CARLOS. Maruja! De fijo no se llama asi. Aquel aire tan distinguido, aquellos ojos que lucian al través de la careta... Tio... asi: (Juntando el dedo pulgar con el índice.) rasgados y negros... A usted le gustan los ojos negros, eh? Pues estos son puro azabache.

CALIST. Si? Pues véndelos, y con su impórte busca un sustituto.

CARLOS. Es que ya, ni aun así puedo librarme.

CALIST. Cómo?

CARLOS. Si soy prófugo.

CALIST. Jesus!

CARLOS. Ayer antes que fueran á prenderme tomé las de villadiego.

CALIST. (Con cierta solemnidad.) Pues caballerito! una vez que ha despreciado usted una boda que hubiera hecho su felicidad, una vez que ha adoptado ese género de vida tan desordenado, una vez que sobre todo eso se ha atrevido á insultar á la que va á ser mi esposa... sufra usted las consecuencias. A tal falta, tal castigo. Asi, una leccion dura que no se le olvide mientras viva.

CARLOS. (Imitando á su tio.) Pues querido tio; una vez que usted no me dá un cuarto, una vez que yo tampoco le tengo, y una vez que de perdido no he de pasar, ya no me contento con ser prófugo.... seré desertor.

CALIST. Desertor!

CARLOS. Y si es necesario me haré cabecilla!

CALIST. Cárlos!

CARLOS. Y el que caiga en mis manos... (A ver si lo amedrento.)

CALIST. Jesus! Jesus! Qué pícaro!

CARLOS. Lo que siento es que no caerá la que adoro. (Y esto si que es verdad!) Ay tio, que muger!

CALIST. Otra te pego? No me caliente usted la cabeza

con sus embrollos! Ea... Aqui terminó nuestra entrevista. Tome usted la puerta y... lo dicho dicho.

CARLOS. Oigame usted.

CALIST. Nada.

CARLOS. Pero esto es inícuo.

CALIST. Inícuo?

CARLOS. Si señor, indigno de usted.

CALIST. (Echando mano á una silla.) Desvergonzado!

CARLOS. Mal haya mi fortuna!

CANTO.

CALIST. Basta, ya, señor sobrino,
quítese de mi presencia.
Qué descaro! Qué insolencia!
Me va dar un sofocon.
(Carlos quiere hablar.)
No me chiste, voto á cribas.
Si la suerte le ha tocado
no hay remedio, á ser soldado,
y á marchar al batallon.

CARLOS. Pero tio...

CALIST. Al batallon.

CARLOS. Pero tio...

CALIST. Al batallon!
Para el rebelde
y el holgazan,
no hay mejor freno
que el rataplan.
Dura la cama,
mas duro el pan,
y un cabo loco,
te amansará.
(Cesa la música.)

SABINA. (Dentro.) Juana, Juana!

CALIST. (Sobresaltado.) Doña Sabina!

CARLOS. Me alegro, asi sabrá...

CALIST. Márchate.

CARLOS. Por qué?

CALIST. Si te viese en su casa, despues del concepto que tiene de tí... Quieres perderme?

CARLOS. Pero tio!...

CALIST. Chiss! Ahí está... cuenta con decir que eres mi sobrino.

CARLOS. Cómo!
CALIST. Silencio!

ESCENA VIII.

Dichos. DOÑA SABINA.

SABINA. Juana! (Viendo á don Calisto.) Ah! Estaba usted aquí? Cómo es que me ha dejado usted sola?
CALIST. Vine á...
CARLOS. (Vaya una facha que tiene mi futura tia!)
SABINA. Calle! no habia reparado en este caballero. Es...
CARLOS. (Pasando á su lado.) Si señora, soy...
CALIST. (Poniéndose otra vez delante.) Un amigo mio, que ha venido á tratar de cierto asunto pendiente.
SABINA. Beso á usted la mano. (Bella figura!)
CARLOS. (Volviendo á pasar. Todo este juego requiere viveza.) Señora, me alegro en el alma de conocer á usted y...
CALIST. (Vuelve á pasar.) Y siente no poder permanecer mas en nuestra compañía. Se vuelve á Madrid ahora mismo.
CARLOS. (Pasando.) Eso dependerá de que don Calisto me despache un encárgo segun deseo.
CALIST. (Qué oigo! Insiste aun.)
SABINA. Celebraré qué usted lo consiga, por mas que eso me prive de que acepte la hospitalidad en mi quinta una persona que desde luego me ha inspirado simpatías.
CALIST. (Ay! si le conocieras!)
CARLOS. (Don Calisto tira á Carlos de la levita.) Cómo? Seria yo tan feliz..,
SABINA. Por otra parte, usted preferirá volverse á Madrid. Oh! qué pueblo aquel! Aqui está una tan aburrida, tan recoleta.... comprendo que quiera usted marcharse.
CALIST. (Bajo.) Ya lo oyes, vete.
CARLOS. No por cierto, señora. Y para dar á usted una prueba de cuanto le agradezco su acogida, pasaré aqui la noche.
CALIST. (Viendo que Carlos no atiende á sus señas, tose.) Qué dice? Ejem!

CARLOS. Y aun el dia de mañana.
CALIST. (Tosiendo.) Ejem! Ejem! Se está (vengando de mí.)
SABINA. Tanta bondad!
CARLOS. En fin, me quedo hasta el domingo.
CALIST. (Tosiendo muy fuerte.) Ejem! Ejem! Ejem! (Ah bellaco!)
SABINA. (A don Calisto.) Qué es eso?
CARLOS. (A don Calisto.) Ya lo ves, querido amigo.
CALIST. (Y me tutea!)
CARLOS. Lo que no han podido conseguir tus ruegos, lo ha logrado esta señora con solo una indicacion, (Dándole la mano.) Ya estarás contento.
CALIST. (Aparte furioso á Carlos.) Te he de pelar!
SABINA. Qué amable! qué galan!
CALIST. (Pasando en medio y diciendo.) Pero es el caso que no tenemos habitacion preparada y... (Aparte á Carlos.) Márchate.
SABIÑA. (Sin hacer caso de don Calisto.) Eso no importa. (Pasando al lado de Carlos.) Se siente usted cansado?
CALIST. (Calle! se vá con él.)
CARLOS. Qué! Nada de eso. Yo suelo acostarme tarde y... puedo hacerle compañía hasta la hora que guste.
CALIST. No, aquí no se trasnocha tanto.
CARLOS. Ya, pero en la córte los teatros, los bailes... Hace ocho dias que asistí al del Conde de la Oruga....
SABINA. (Con sumo interes.) Sí?
CALIST. (Habrá trapalon!)
CARLOS. Cosa magnífica! Le gustan á usted los bailes?
SABINA. Deliro por ellos.
CALIST. (Furioso.) (Miren la...!)
CARLOS. Pues le contaré. ...
SABINA. Sí, sí... (Va á tomar una silla, don Carlos se la pone.)
CARLOS. Oh! permita usted...
SABINA. (Se sientan.) Cuente usted, cuente usted.
CARLOS. Con mucho gusto.
CALIST. (Pues estoy lucido, voto á brios!) (Carlos habla bajo con Doña Sabina.)
SABINA. Oh! divino!
CALIST. (Qué le está diciendo?)
SABINA. (Entusiasmada.) Delicioso! Vaporoso!
CARLOS. Ah! Usted comprende la poésia del baile! La filosofía de una cola de gato!

SABINA. Sí, sí.
CARLOS. Usted tiene alma!... Sensibilidad!...,
CALIST. (Ya no hay paciencia!) (A Carlos furioso) Mira tú!
SABINA. (Volviéndose) Eh?
CALIST. (Dominando su enojo.) Nada... Juana que viene á.. (Yo reviento.)
JUANA. (Sale por la primera puerta izquierda.) Señora, cuando usted guste, la cena está en la mesa. (Vase.)
SABINA. Pasemos al comedor.
CARLOS. Sí, pasemos al comedor. (Don Calisto va á darla el brazo y Carlos se adelanta.)
CALIST. (Háse visto descaro igual!!)
SABINA. Vamos, don Calisto! Jesus! Siempre con ese aire tétrico y monótono... Si no tuviera usted otras cualidades... (Agarrada del brazo de Carlos.) Es tan raro! (Aparte á Cárlos: echan á andar.)
CALIST. (Dándole un puñetazo en la espalda.) Toma bribon!
CARLOS. (Volviéndose.) Ay!
SABINA. Qué tiene usted?
CARLOS. (A su tio con amabilidad.) Nada, nada... un tropezon... pasa, Calisto, pasa.
CALIST. (Pasando delante.) Oh!
SABINA. Sin cumplimientos, señores.

ESCENA IX.

DOÑA INES. DON DIEGO.

INES. (Asomándose á la puerta del cuarto donde está oculta.) Se queda! Oh! si encontrase un medio....
DIEGO. (Idem sin verla.) Gracias á Dios! Sin duda debe estar ella por aquí.
INES. Veamos.
DIEGO. Busquémosla. (Los dos salen y se encuentran.)
LOS DOS. (Sorprendídos.) Ah! (Golpe de orquesta.)

CANTO.

INES. Don Diego! (Estoy turbada!)
DIEGO. Ha poco que la vi
volviendo de la caza,
y amante la seguí.

INES. Qué escucho?

DIEGO. Ya mis penas
tocaron á su fin.

INES. No entiendo...

DIEGO. Allí escondido,..

INES. Cielos!

DIEGO. Todo lo oí.

INES. Sí?

DIEGO. Si.

A la ferviente súplica
que á tí mi labio envia
responda, hermosa mia,
la risa de tu amor.

INES. A la ferviente súplica
que vuestro amor me envia,
mal responder podria
turbada y sin valor.

DIEGO. En tus ojos, prenda amáda,
de mi dicha el sol fulgura
y en tu frente hermosa y pura
luz de amor miro brillar.
Ah! mi bien, por siempre huyeron
mi pesar y tu desvio,
y hoy ya vuelve el pecho mio
su contento á recobrar.

INES. Siempre amor de igual manera
nuestro pobre pecho inflama,
siempre asi su ardiente llama
acostumbra ponderar.

INES. Mas cual hielo que disipa,
los matices de las flores
presto vienen los amores
el olvido á marchitar.

DIEGO. Ah! mi bien, por siempre huyeron
mi pesar y tu desvio
y oy ya vuelve el pecho mio
su contento á recobrar.

DIEGO. Ah! yo no comprendo...No le decia usted hace poco á su tio, que renunciaba usted á la idea de esa boda con su primo don Cárlos, y que á mi vuelta á la corte...

INES. Ha hecho usted muy mal en escucharnos. Cuando una habla en familia... En fin, usted por ahora tiene que estar en Alcalá. Veremos....

DIEGO. Eso es repetirme que aun su primo puede ser dueño de su mano. Nunca!

INES. Yo no digo eso, pero... pero tampoco digo lo otro.

DIEGO. (De rodillas.) Ah! Inés, míreme usted á sus plantas! Apiadase usted de mí... Yo la adoro... la...

CALIST. (Sale furioso.) Buff!

INES. (Dando un grito y se vuelve á ocultar velozmente en el segundo cuarto de la izquierda.) Ah!

CALIST. (Dando paseos precipitados sin reparar en nadie.) Estoy ciego de ira! Se me va á indigestar la cena!

DIEGO. Don Calisto!

CALIST. (Muy bruscamente y siguiendo paseando.) No estoy en casa.

DIEGO. Cómo! No me conoce usted?

CALIST. (Sin reparar siquiera con quien habla.) Ah! perdone usted ....No acierto. Usted está bueno! Me alegro. Yo tambien... gracias..

DIEGO. Cómo! No me conoce usted?

CALIST. (Sin reparar siquiera con quien habla.) Ah! perdone usted.... No acierto. Usted está bueno! Me alegro. Yo tambien... gracias.

DIEGO. Pero qué arranques son esos? Qué tiene usted?

CALIST. (Se detiene.) Eh? Calle! Don Diego! (Mas tranquilo y mirando á don Diego.) Usted por acá! Cuanto me ale... Está usted bueno?

DIEGO. A Dios gracias. (Qué tiene este hombre?)

CALIST. Y á qué debo la honra?...

DIEGO. He venido de caza por estos alrededores, en compañía de varios oficiales del depósito de Alcalá, que como usted sabe está á mis órdenes, y de paso,,.

CALIST. (Concibiendo una idea.) El depósito de Alcalá! Oh! Esta es la mia! El cielo le ha traido á usted sin duda para vengarme del mas pérfido,.... en fin del mas pérfido.

DIEGO. No comprendo... Está usted trémulo, distraido. Hable usted, y si mi amistad puede...

CALIST. (Para sí.) Esto es duro! Pero no importa. A grandes males... (Alto.) Don Diego, yo tengo un sobrino...

DIEGO. Sí, ya le conozco.

CALIST. He dicho mal. Yo tengo una serpiente que he criado en mi seno, y que se me ha liado á la

garganta.

DIEGO. A usted?

CALIST. Sí, con siete nudos... *C*réame usted. Despues de haber menospreciado la mano de su prima...

DIEGO. (Con alegria.) (Ah!)

CALIST. De haber contraido deudas enormes...... se me ha encajado aqui por último revolviéndolo todo, levantando de cascos á mi futura, que aun conserva los resabios de la córte, y... en fin, tratando esta casa como pais conquistado, y á mí como prisionero de guerra.

DIEGO. Es posible!

*C*ALIST. Asi pues, es preciso hacer con él un escarmiento... gordo; estamos? Quitarlo de aqui, de España, si es preciso.

DIEGO. Y qué puedo hacer yo?

CALIST. Usted? friolera. Acaba de tocarle la quinta,

DIEGO. Qué oigo!

*C*ALIST. Es prófugo además!

DIEGO. Oh dicha!

*C*ALIST. *C*ómo dicha? Se alegraria usted por ventura?

DIEGO. No, mas...

CALIST. Aqui solo se trata de castigarle por unos dias, y...

DIEGO. *C*omprendo. (Friolera! Deshacerme de un rival..) Y qué? qué desea usted? que mande prenderlo?

*C*ALIST. Justo! se lo llevará usted consigo, y....

DIEGO. Sí, sí: lo demas corre de mi cuenta. Esta aqui, eh? Pues voy á tomar mi caballo y volveré con la escolta que ha de conducirlo al depósito.

CALIST. Oh! *C*uánto le agradezco....

DIEGO. No hay por qué. El servicio nacional... yo solo atiendo al servicio nacional.

CALIST. De qué carga me alivia usted!

DIEGO. (No es floja la que yo me quito de encima!) *C*onque no perdamos tiempo.

CALIST. Sí, sí.

DIEGO. Dentro de media hora estoy de vuelta.

*C*ALIST. Adios, adios.

DIEGO. (Aparte yéndose por la primera puerta derecha.) Ah fortuna! Mia será doña Inés.

*C*ALIST. Ya estoy mas tranquilo. Ya puedo volver allá dentro halagado con la idea de la venganza. *S*eñor sobrino, pronto verá usted quién soy yo. (Se vá por la primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

ANTON. despues CARLOS.

ANTON. (Saliendo por la primera puerta derecha.) Eh? pronto verá usted quién soy yo? Qué apostamos á que el viejo medita sin duda alguna mala pasada contra nosotros? (Mira adentro.) Se detiene en el corredor. Habla con don Cárlos. Mi amo le suplica... don Calisto le dá un envion y sigue adelante. Qué tenemos?

CARLOS. (Saliendo.) Que no me queda esperanza alguna... Ahora acaba de deshauciarme por completo, y con un tono amenazador...

ANTON. Sí: yo le he oido decir, «Señor sobrino, pronto sabrá usted quién soy!...

CARLOS. De verás? Diantre! Bah! nada me importa. Seré soldado. Qué pierdo en ello? Nada hay que me sonría. Tengo un tio, y me abandona: amo á una muger, y no solo ingoro quién es, ni sí es bonita ó fea, sino que se burla de mí con anónimos y misterios que me trastornan el juicio... Ah! y sin embarago, el recuerdo de aquella noche es la única felicidad de mi corazon.,, la única idea... no sé lo que me digo. Quién sabe si todo aquello no era un chasco de carnaval!

ANTON. Cómo! Algun hombre disfrazado?.

CARLOS. Quítate animal!

ANTON. Como todo lo encubre un dominó...

INES. (Dentro.) No.

ANTON. (Volviéndo sobresaltado.) Eh? Cáspita!

CARLOS. Qué!

ANTON. Han dicho, no.

CARLOS. Déjame en paz con tus majaderías.

ANTON. Señor... hace tiempo que se me ha puesto en la cabeza, que la mujer á quien usted ama es... ó una bruja ó un duende...

CARLOS. Mira, me coges de humor para sufrir tus sandeces.

ANTON. Perdone usted: mas...

CARLOS. Y á proposito de brujas. Sabes que mi futura tia es muy amable?

ANTON. Sí? Pues pídala usted el dinero que necesita y Cristo con todo.

CARLOS. Estás loco? presentarme de buenas á primeras..

ANTON. Toma! Yo no hago mas que proponer. Conque es mujer... corriente.

CARLOS. Y entusiasta por la córte y por los placeres.

ANTON. Mala pareja para el tío. El tan aficionado al dinero...

CARLOS. (Don Carlos se queda pensatibo.) Con efecto.

ANTON. Y Juana la criada me ha dicho que su señora es inmensamente rica.

CARLOS. Te ha dicho...

ANTON. Dos millones de caudal. Eh? Qué bien nos vendrian! Ay! pero nunca será usted feliz! No teniendo esto... (Haciendo con los dedos la señal del dinero.) Lástima es que caiga en manos de quien no sabe gastarlo.

CARLOS. (De repente.) Oye, Antonio. Una idea.

ANTON. Una idea?

CARLOS. Bestial.

ANTON. De las que á mí me ocurren?

CARLOS. Dime. Se ablandará mi tio?

ANTON. No señor.

CARLOS. Tendré que desertar?

ANTON. Si señor.

CARLOS. Si me cogen, á presidio lo menos.

ANTON. Si señor.

CARLOS. Por otra parte, mi amante desconocida solo ha querido burlarse de mi.

ANTON. Si señor.

CARLOS. Ninguna esperanza tengo de salir de este cruel estado.

ANTON. (Con tono decisivo.) Ninguna.

CARLOS. (Resueltamente.) Me voy á casar con la vieja.

ANTON. Canastos! Con la futura de don Calisto?

CARLOS. Lo que oyes.

ANTON. Pero señor... está usted en su cabal juicio... la de... (Cambiando de pensamiento.) Cáspita! pues es una gran idea!

CARLOS. Magnífica! Doña Sabina tiene cincuenta años.... y cien mil duros. Elijo lo último.

ANTON. No, pues yo no cargo con lo primero.

CARLOS. Ademas... es alegre, bulliciosa; la dare buena vida... vida... placentera, agitada,...

ANTON. Sí, sí; llévela usted al teatro, á los bailes... mucho baile!... (Aparte.) A ver si coge una pulmonia.)

CARLOS. Pero... dar ese chasco á mi pobre tio...

ANTON. Su tio de usted es rico y solo se casará por aquello del conquibos. Qué demonio! No todo ha de ser para él.

CARLOS. Es verdad.

ANTON. Sobre todo; el hombre debe buscársela, como dijo el otro.

CARLOS. Y luego, yo he de heredar lo que mi tio tenga.

ANTON. Cabal, se adelanta un poco la cosa. Don Calísto es ya viejo y no está para bodorrios. Ay señor, qué idea tan feliz! Usted con un capital como ese. Yo con.... (Cárlos lo mira.) pues... con lo que usted me quiera dar.

CARLOS. Calle! Haces ya cálculos?

ANTON. Verse libre de acreedores...

CARLOS. Acreedores! son muchos?

ANTON. El sastre, el zapatero, el alquilador de coches, el fondista de la calle del Príncipe, el barbero, el sombrerero, el...

CARLOS. Basta, basta, me caso.

ANTON. Aunque truene el tio?

CARLOS. Aunque tronara el mismo Júpiter. No me rechaza? No me condena sin piedad? Pues venganza?

ANTON. Venganza.

CARLOS. Ea, al ataque!

ANTON. Al ataque, á la brecha! digo, á la bolsa, á la...

CARLOS. (Mirando adentro.) Chito, y lárgate.

ANTON. (Mirando tambien.) Doña Sabina!

CARLOS. Ay! qué fea es!...

ANTON. Animo! Aprietela usted bien las clavijas!

CARLOS. Vete, mastuerzo.

ANTON. Al instante. (Se va por la primera puerta derecha.)

ESCENA XI.

DON CARLOS. DOÑA SABINA.

CARLOS. (Se santigua.) A ella!

SABINA. (Saliendo.) Aqui le traigo á usted La Zagala sensible, por si quiere leer un poco antes de acos-

tarse. (Le dá un libro.) Esta habitacion y esta alcoba, quedan destinadas para usted y para su criado.

CARLOS. Conque... *La Zagala sensible*. Oh! prometo á usted leer hasta el nombre del impresor.

SABINA. Y Perderá usted su sueño por...?

CARLOS. (Con mucha galantería.) Si no podré dormir esta noche.

SABINA. Por qué?

CARLOS. Porque soy muy amante de leer estas cosas.

SABINA. De verás?

CARLOS, Si hay sensibles zagalas, tambien hay zagales enamorados.

SABINA. (Me mira con un fuego!)

CARLOS. Y como los enamorados no duermen... Eso lo sabe usted bien.

SABINA. Yo!

CARLOS. No vá usted á casarse?

SABINA. Si; pero... crea usted que este matrimonio no me quitará el sueño.

CARLOS. Qué, no tiene usted nada en qué pensar?

SABINA. No...

CARLOS. Ni un recuerdo en que recrearse?

SABINA. (Ay! su voz es tan dulce que...)

CARLOS. Pero.... Todo lo comprendo. Usted no se casa por amor, y se condena á la soledad, al olvido, á la prosa de un marido... que seguramente la lleva... diez años.

SABINA. (Vivamente.) Diez y seis, caballero.

CARLOS. Luego tiene usted...

SABINA. Treinta y cuatro.

CARLOS. La edad de los impetus!! (Con entusiasmo.) Ah! seguramente no es así la zagala sensible que tengo en mi mano. Y sin embargo, usted es tambien zagala; zagala de estos campos, sol de estos contornos!... Sol... eclipsado... y (vaya si lo está), eclipsado por la sombra de don Calisto.

SABINA. (Aparte con pena.) (Es verdad.)

CARLOS. Vamos á ver... No siente usted agitarse á veces su fantasía!...

SABINA. Si

CARLOS. Crecer sus deseos... (Desde aqui al final de la escena muy vivo y animado.)

SABINA. Sí.

CARLOS. Querer brillar en otra sociedad mas poética.
SABINA. Sí, mas poética.
CARLOS. Mas bulliciosa... mas...
SABINA. (Debo estar colorada!)
CARLOS. Con un esposo al lado, que orgulloso de poseer su amor...
SABINA. Un esposo que no fuese don Calisto!
CARLOS. Cabal, Jóven, como yo.
SABINA. Ay! de veras?
CARLOS. Alegre como yo... buen mozo...
SABINA. Como usted?
CARLOS. Ese es un dardo.
SABINA. No de burla!
CARLOS. De amor? (Tomándole una mano.)
SABINA. Ay! Estése usted quieto.
CARLOS. Ah! Sabina! Sabina!
SABINA. Suélteme usted, don Cárlos.
CARLOS. (De rodillas.) Yo te adoro!
SABINA. Pero esto es un escopetazo!
CARLOS. Mi alma, mi vida, mi porvenir son tuyos, habla! habla!
SABINA. (Despues de vacilar y con acento espansivo.) Carlitos!!
CARLOS. (Estalló) (Abrazándola.)
INES. (Dentro.(Ja!... Ja!... Ja!...
CARLOS. Eh! no has oido?
SABINA. Con efecto, se rien por aquí cerca.
CARLOS. (Aparte.) Santo Toribio! (Mirando receloso.) Si será de mi?...
SABINA. Sinduda Juana está ahí fuera con los otros criados... No tengas miedo.
CARLOS. Miedo yo, cuando tu me amas? Oye. Nos casaremos en seguida? Tú despedirás esta noche á don Calisto... ó le mato.
SABINA. Cielos!
CARLOS. (Aparte sonriéndose.) (Pobre tio!)
SABINA. Contente, celoso mio! El se marchara sin eso. Dime nos iremos á Madrid en seguida?
CARLOS. Sí, sí. A la córte, á los saraos. Tú que eres tan aficionada...
SABINA. Y en ellos bailarás conmigo?
CARLOS. Hasta la gallegada si tú quieres.
SABINA. Oh! Qué dicha!
CARLOS. Cuando al compás de la orquesta te lleve yo, ceñido mi brazo por tu cintura... (Lo hace.)

SABINA. (Llena de gozo.) Ay! no me lo digas!

CARLOS. Cuando polkemos!... Y tú que serás lígera lo mismo que una pluma... (Aparte.) De pavo.

SABINA. Vaya! quieres verlo ahora mismo.

CARLOS. (Dios me asista!) No he de querer?

SABINA. Pues á la una.

CARLOS. A la una... (Los dos bailan. La orquèsta toca la polka hasta concluida la escena que sigue.) (Uf! Pesa diez quitales lo menos!)

SABINA. Mas vivo!

ESCENA XII.

Dichos polkando. DON CALISTO.

CALIST. (Va á salir, los vé y se detiène estupefacto.) Jesus, Maria y José!! Qué es lo que miro? Ah!... vil infame! Y la otra! Mas vieja que un palmar... (Patea de ira al mismo tiempo que los otros bailan.) Alto ahi!/! (Dirigiéndose á ellos que no hacen caso.) Qué significa esto?... (Gritando.) Je..! Cómo se menean! (La música no cesa) No oyen ustedes? Yo me vuelvo loco! (Persiguiéndoles: los otros siguen polkando.)
Je!... Señora!... (Agarrándose de los faldones del frac de Cárlos, y dando las vueltas que éste dá en la polka.) Carlos! (Doña Sabina y Carlos; polkando al compás de la música, se van por la primera puerta izquierda.) Señoraaaaa/!! (Gritando detras de ellos, Se ván.)

ESCENA XIII.

DOÑA INES. DON CARLOS.

INES. Ah! (Despues de salir y mirar por donde se fué don Cárlos, apaga la luz y se vuelve al cuarto. La escena se queda enteramente á oscuras.)

CARLOS. (Sale como huyendo.) Alli dejo á los dos: que se las compongan como puedan... Eh? Se han llevado la luz (Llamando.) Antonio! Pues señor.., lo que hecho no pasa de ser una calaverada es-

pantosa. Y qué vieja tan coqueta, tan... «No te acuestes. Necesitamos concertar nuestro plan.» Ay! Qué conquista esta tan diferente de las que hace tres meses... Ah! Paciencia!... (Dan las diez.) Hola! Ya es tarde, á fé mia. (Orquesta.) Calle! Qué es eso?

CANTO.

INES. (Dentro.)
Siempre al niño amor que es ciego
la fortuna lo guió;
si perdido estás de amores
tu fortuna seré yo.
Repite. Lara la larará!
larará, la, la!
Yo soy tu fortuna,
serás tú mi amor,

CARLOS. Cielos! Qué acento es este que ha estremecido mi alma?

INES. (Saliendo del cuarto segundo de la izquierda.) Le conoces?

CARLOS. Una voz... Quien vá? (Pausa.) No responden.

INES. (Talareando el estribillo de la cancion.) Larará, larará! Larará, la!

CARLOS. Pero ésta es una pesadilla! Quién vá? repito. Quién eres?

INES. Yo.

CARLOS. Tú! Pero quién eres tú? (Dios mio! Será la vieja? Ah! No. Este eco tan dulce... Que yo recuerdo haber oido...)

INES. Sí.

CARLOS. Es ella! (Tropezando.) Voto á...

INES. (Riendo.) Ja, ja, ja!

CARLOS. La risa de antes! Oh! por piedad... habla. Qué haces aquí? Qué significa esto? Eres la que yo amo?

INES. No.

CARLOS. No?

INES. Sí.

CARLOS. Sí y no?

INES. No y sí.

CARLOS. Yo lo sabré.

INES. Si das un solo paso, desaparezco para siempre.

CARLOS. Oh! No siendo tú la que adoro, poco me importa.

INES. Y si lo fuera? (Dón Carlos se detiene vivamente.) No te muevas.

CARLOS. Es posible? Ay qué placer, qué...

INES. Detente!

CARLOS. Si no me muevo! Ah! Duende mio! Porque ahora si que creo que eres un duende... No, un espíritu celestial, un sol de... (Buscándola con la mano.)

INES. Lo de sol, hijo mio, guardalo para doña Sabina.

CARLOS. (Vívamente.) (Maldita sea mí suerte!)

INES. Mal pudiera yo ser sol, cuando me dejas á lu luna.

CARLOS. Cómo?

INES. No te casas con ella?

CARLOS. Con la luna?

INES. Con el sol ó con la luna. Me alegro de haberte conocido á tiempo.

CARLOS. Oh! Yo te juro!... pero acércate, por la virgen.

INES. Crees que sea yo tan tonta?

CARLOS. Cómo has venido á esta quinta? Recibiste quizá una carta que al salir de Madrid dejé en mi posada, por si algun dia llegaba á tus manos?

INES. Si yo nunca he estado en Madrid.

CARLOS. Pues no eres mi bella desconocida?

INES. Cuál?

CARLOS. La que amo, aquella cuyos recuerdos... (Será fea, y no se querrá por eso dejar ver?)

INES. Qué murmuras?

CARLOS. (Si pudiera atraparla!...)

INES. Tus pisadas me indican que me buscas!

CARLOS. Claro. Y como te pille! ..

INES. Escuha; no perdamos el tiempo inútilmeente y admite un consejo que he venido á darte.

CARLOS. Cuál?

INES. Que huyas de aqui, porque tu libertad peligra.

CARLOS. Mi liber.... (Asiéndola del trage.) Te cogí.

INES. (Desasiéndose y huyendo.) Ah!

CARLOS. No has de escaparte por quien soy.

INES. Ah! (Da con la puerta del cuarto segundo de la izquierda y se oculta en él.)

CARLOS. En este cuarto! (Llega á la puerta, cierra y quita la llave.) Mia es! Pronto, busquemos una luz (Se va por la primera puerta derecha.)

ESCENA XIV.

DON DIEGO, y soldados saliendo misteriosamente por la reja con linterna.

CANTO.

DIEGO. Todos prepárense,
mucho siléncio,
chito, y el prófugo
nuestro será,
CORO. Nuestro será.
Pues que la bélica
trompa le llama,
como fiel súbdito
la seguirá.
TODOS. Todos prepárense.
mucho silencio,
chito, y el prófugo
nuestro será.

(A una seña de don Diego se ocultan y él con ellos en el segundo cuarto derecha.)

ESCENA XV.

DON CARLOS y ANTONIO con una linterna sorda: la llave en la mano y la trae cerrada.

CARLOS. (Primer preludio de orquesta al mismo tiempo que hablan) Baja la voz.

ANTON. Conque es decir, que nuestros sueños dorados se los llevó el diablo con la aparicion esta!

CARLOS. Mira, calla ó te rompo los hocicos.

ANTON. (Adios cien mil duros!) Pero no reflexiona usted, señor, que sin los dos millones no nos queda más recurso que escapar cuanto antes?

CARLOS. Ahora recuerdo.., Ella me dijo que aquí mi libertad peligraba!

ANTON. Pues huyamos.

CARLOS. Sí, pero con ella, con mi desconocida!

ANTON. Un rapto!

CARLOS. Chis!... nuestros caballos están ensillados aun y..

ANTON. Pero á donde la llevamos?

CARLOS. A donde quiera que yo vaya... Oh! no se me escapará mas, viven los cielos!

ANTON. Dios nos saque con bien de esta nueva locura.

CARLOS. Chito! Permanece con la linterna cerrada. Así será mas fácil que consienta en salir de ese cuarto.

ANTON. Una idea, señor. Y si esa muger es fea ó jorabada?...

CARLOS. Diantre! Chasco seria despues de cargar con ella. Nada. En cuanto haya salido aqui y al oirme toser, abres la linterna...

ANTON. Y reconozco el fardo! Bien.

CARLOS. Estate quieto. (Se dirige al cuarto donde está encerrada Inés. Antonio permanece quieto con la linterna Preparada, á la derecha primer término.)

ESCENA XVI.

Dichos DOÑA SABINA. Despues DON CALISTO.

SABINA. (Segundo preludio de orquesta sin que la representacion cese un instante. Doña Sabina aparte y saliendo de puntillas con gran precucion, por la primera puerta izquierda.) Le veré! Concertaremos en secreto el medio de despedir á don Calisto y... (Sigue andando á tientas y se coloca proximamente á Antonio.)

CARLOS. Ya di con la cerradura. (Abre el cuarto donde está Inés y entra.)

ANTON. (Que por una aventura perdamos un negocio de dos millones!)

INES. (Saliendo del cuarto conducida de la mano por Carlos.) Va á descubrirme! Qué haré?

CARLOS. (Me admira su silencio!)

ANTON. (Ya están aqui!)

CARLOS. Oh! Salgamos de dudas... Ejem! (Tose y figa sus ojos en ella.)

ANTON. Bravo! (Abre la linterna, pero variando de direccion columbra el rostro de doña Sabina, y la cierra velozmente.)

SABINA. } (A un tiempo.) (Golpe de orquesta.) Ah! (Al ver lu-
INES. } cir la linterna, que se cerrará rápidamente.)
Uf!!! (Viendo á doña Sabina retrocede asustado y tropieza de espaldas con su amo. Este vacila. Inés aprovecha el momento y se deshace de Cárlos buscando á tientas una salida. Todo esto debe hacerse rápidamente y á la par.)

CARLOS. { (Por Inés y aparte.) Ay! Qué hermosa es!
INES. { (Se va por donde vino.) Huyamos!
ANTON. { Es una tarasca! (Cárlos estiende las manos para coger á Inés y coge la mano de doña Sabina.)

CARLOS. Ven ángel mio! nada temas.

ANTON. (Acercándose y en voz baja.) Señor, que es un fenómeno.

CARLOS. De hermosura! Ven, bella desconocida, y fia en mi honor.

SABINA. (No comprendo.)

CALIST. (Golpe de orquesta.) (Saliendo.) Quién anda aquí?

SABINA. Ah!

CARLOS. Mi tio! (Pasándola á manos de Antonio y diciendo en voz baja.) Huye con ella... Yo os guardo las espaldas.

CALIST. Quién vive? (La orquesta sigue piano sin que cese la representacion un momento.)

ANTON. (Yo con esta caricatura!)

SABINA. (A Antonio.) Pero Cárlos á donde me llevas?

CARLOS. (Bajo á Antonio.) Huid, hasta la primera posada, hácia Alcalá. Prontro; ya os sigo.

ANTON. Ay Dios mio! (Se la lleva por la primera puerta derecha.)

CALIST. Luces! Hola! Luces!

CARLOS. (A su tio.) Mi bien!

CALIST. (Asiéndole.) Tunante! Era una cita! No, no te escapas.

CARLOS. Oh! (Va á irse.)

ESCENA XVII.

DON DIEGO y CORO de soldados saliendo y rodeando á DON CARLOS. Despues JUANA, DOÑA INES observando sin ser vistas desde la puerta segunda izquierda.

CANTO FINAL.

DIEGO. / CORO. { Alto allá!
Alto el prófugo, alto allá!
CARLOS. Ah! Don Diego!
CORO. Punto en boca.
CARLOS. Yo, señores...
CORO. No hay que hablar.
CARLOS. Pero...
CORO. Chito!
CARLOS. Mas...
CORO. Silencio.
CARLOS. Oiganme por caridad!
CORO. No, no.
CARLOS. Por caridad!

CARLOS. Salvarme no puedo,
y en tanto quizá
Antonio y mi bella
tranquilos se van.
CALIST. (Aparte.)
Algun gatuperio
me armó este truan,
y á oscuras pensaba
mis iras burlar.
DIEGO. Pues preso y soldado
no puede escapar,
ya libre me encuentro
de odioso rival.
CORO. (Viendo salir á Juana muy conmovida.)
Mas qué es eso? qué sucede?
JUANA. Ay qué infamia! qué maldad!
un raptor á mi señora
se la lleva hácia Alcalá!
CARLOS. A la vieja!!
CALIST. Justo cielo!
(A Cárlos.)

Tuya es la trama infernal.

CORO. / DIEGO. (Idem.) Dése presto y no chistar.

DIEGO. Suerte díchosa,
noche feliz,
de un ribal libre
me miro al fin.

CARLOS. Suerte maldita,
nécio de mí,
que en la emboscada
torpe caí.

CARLOS. Doña Sabina,
pobre de tí,
tal vez te vendan
á un marroquí.

JUANA. Pobre señora,
suerte infeliz,
tal vez la vendan
á un marroquí.

SOLDADOS.

Pronto su pena
venga á sufrir.
La disciplina
lo manda asi.

Se llevan preso á don Cárlos.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala baja grande en una posada de Alcalá. Puerta al fondo y laterales. Mesas, sillas, bancos, etc., un farol grande colgado á la puerta del fondo. La accion poco antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA.

El tio EMETERIO, QUITERIA, PERICO, sentados en el suelo. EL CABO CORREA en pié con un vaso lleno de vino en la mano. Varios SOLDADOS dan vuelta al compás del CORO que otros cantan. Aldeanos y Aldeanas sentados á derecha é izquierda.

Canto. Coro.

Soldad. Al baile, al baile, amigos,
danzad del canto al son,
que siempre fué la danza
la hermana del amor.

Correa. (Adelantándose con el vaso en la mano.)
Quien nunca al baile acude
placeres no sintió,
la dicha es solo el baile,
el vino y el amor.

Coro. Al baile, al baile, amigos,
danzad del canto al son,
que siempre fué la danza
la hermana del amor.

Correa. Ciñendo un talle airoso,
quién rey no se creyó,
si lleva entre sus brazos

la reina del amor.

CORO. En baile, etc.

EMETER. (Levantándose é interrumpiendo.) Eh! Tropa! Basta ya de música celestial; pues no traen mala gerga con la hermana del amor, y la prima de la danza! Ese parentesco no se ha cantao nunca por esta tierra de Alcala; y aluego... ó las mozas bailan .. ó no bailan. Diji. (Les vuelve la espalda.)

CORREA. Tio Emeterio, usted es el posadero mas cabal de Alcalá de Henares, y merece que se le dé gusto, sin contar con que nada mas arreglado á conciencia que el que estas chicas bailen un rato. Ya vé usted que aunque reclutas sabemos ser galantes. Conque á ello.

EMETER. Tú, Periquillo! (Dándole con el pié á Perico que está sentado y vuelto de espaldas hablando con Quiteria.) Perico!

PERICO. (Volviéndose con mal humor.) Qué quie usted?

EMETER. Ham! Qué cara de bruto tienes, cuando estas al lao de Quiteria! No has visto que te he llamao?

PERICO. Y si no he caido en la seña.

EMETER. A ver si bailais algo que se entienda.

QUITER. Pues que bailen esas! Mioste!...

EMETER. Ju!... Muchachas? Arriba, asi... A sacuir la pereza! Ahora verá usted. (Los lugareños se levantan Las parejas se colocan.)

CANTO. *Seguidillas, que bailan.*

EMETER. (Hablado.) Canta tú guacamayo. (A Perico.)

PERICO. (Preparándose á hacerlo.) Ejém! Ejem!

(Canta.)
Con el zangoloteo
de tus caeras
como si juera un trompo
me haces dar vueltas.

CORO. (Riéndose de Perico.)
Como si fuera un trompo
la hace dar vueltas.

TODOS. (Hablado.) Bien, bien.

EMETER. Cuasi cuasi á mi tambiem se me ensancha el

gaznate.

QUITER (Hablado.) Que cante el tio Emeterio.

EMETER. Si tengo muy mala oreja.

TODOS. Que canté! Que cante!

EMETER. Callasus! Cantaré.

(Canta.)
Cuando sales á misa
con saya verde
quisiera ser borrico
para comerte.

CORO. (Riéndose del tio Emeterio.)
Quisiera ser borrico
por que ve el verde.

TODOS. Bien, bien!

CORREA. Perfectamente.

EMETER. Ahora cá cual á su tarea, que no tardará en amanecer; y usted señor cabo escuadra...

CORREA. Yo tengo que permanecer en la posada hasta que se me acaben de reunir los quintos que van llegando de estos alrededores. El cuartél esta lleno, y por eso esta mañana nos alojaron aquí, entanto que vuelve el coronel y nos destina á otra parte.

EMETER. Sí; pero eso no quita para que tanimientras dejen libre esta sala.

CORREA. Con mil amores. Usted tiene buen vino en su bodega, y allí se pasa el rato de lo lindo. Muchachos... (Se vá con los soldados.)

EMETER. (Mala peste!)

QUITER. Tio! que se van á beber el vino!

EMETER. Que se jarten. Premita Dios!... (A Perico dándole un empellon.) Qué haces aquí tú?

PERICO. Lo que quiero.

EMETER. Jurriu! Al trabajo! Toavia quies mas palique con la Quiteria?

PERICO. (Yéndose.) Que me coma un lobo si tomo hoy el arao.

QUITER. (Murmurando.) Pa qué le ha bufau usted?

EMETER. Por que la regla rigular no permite que esté á toas horas con la baba caía. Ea, márchate á la cocina, y despacha á encender lumbre.

QUITER. Si ya lo sé; miste qué rejon. (Con mal modo. Váse.)

ESCENA II.

El tio EMETERIO. DON CALISTO. Despues DON VENANCIO.

CALIST. (Saliendo por el fondo.) Eh! Posadero!
EMETER. Quién anda ahí?
CALIST. Un cuarto, una cama... Uf! vengo molido! El camino es corto, pero el sobrinito nos ha dado un rato que ya!... Y luego, yo con la idea fija de perseguir al raptor...
EMETER. (Mirándole embobado.) Qué dice usted?
CALIST. Nada, hombre Nada. Una cama, un cuarto.
EMETER. (Se sienta.) Volando.
CALIST. Y se sienta!
EMETER. (Saca un cigarro y echa yesca.) Si voy á encender esta punta.
CALIST. Mal haya!... (Ah! Esta posada está á la entrada del pueblo y quizá...) Dígame usted...
EMETER. Qué se le ofrece?
CALIST. Por casualidad, ha pasado por aquí un hombre á caballo, llevando á grupas una señora...
EMETER. Em!... una señora.., llevando (Acordándose.) un caballo en la grupa!.., No ha pasado naíde.
CALIST. Qué bestialidad!
EMETER. (Gritando.) Y si no ha pasao naide.
CALIST. Bien, hombre, bien. Me dá usted ese cuarto y la cama?
EMETER. (Con mucha calma.) En cuanto me ate esta liga.
CALIST. (Um! le sacudiria...)
VENANC. (1) (Saliendo de prisa.) Buenas.
CALIST. (Volviéndose.) Eh?
VENANC. (Al tío Emeterio.) Me acaban de llamar del número dos.
EMETER. Sí: la señorita que llegó hace poco.
VENANC. Está?
EMETER. Si señor.
VENANC. Bien. (Se vá y vuelve.) Ah! (Se detiene delante de

(1) Este personage debe andar sumamente de prisa sin pararse nunca aunque le quieran obligar á ello y siendo el completo contraste del Tio EMETERIO, que es muy calmoso. Su trage es: calzon corto y media negra, chaleco blanco, frac raro, sombrero negro y algo exajerado. Para el mejor efecto seria conveniente que el actor que ejecutase este papel fuesé delgado.

don Calisto y dice:) No. (Se vá rapidamente por la primera puerta izquierda.)

CALIST. (Sorprendido.) Ese hombre es un cohete!

EMETER. Cogete ó no cogete es too un percuraor; y ahi donde usted le vé, no hay agencia que no despache en cinco minutos. Siempre volando... Ca! Siempre...

CALIST. Pues no se le parece á usted mucho.

EMETER. Toma! Es que...

CALIST. Hombre! me dá usted esa cama?

EMETER. (Con mal humor.) Allá voy. No quiee usted que guarde antes estos cacharros?

CALIST. Otra detencion?

EMETER. Si al instante vuelvo.

CALIST. Por vida de...

EMETER. Allá entro hay un sofá, donde puede echarse tanimientras. (Váse despacio.)

CALIST. Vamos, no lo mueve una yunta. Pues es capricho de don Diego el vivir en esta maldita posada. Yo me iria de buena gana á su cuarto; pero, qué diablos! ni eso está bien, ni ahora le encontraría allí, ocupado como anda con los reclutas, y sobre todo con mi dichoso sobrino, que se rebela á cada momento. Pero señor, cómo esplicarme á todo esto el rapto de doña Sabina? ni cómo averiguar su paradero? Digo! Echese usted á buscarla por Alcalá. Como no esté cuando menos camino de Zaragoza! Quien sabe! mi sobrino nada ha declarado, y en vano se ha pretendido averiguar...

ESCENA III.

DON CALISTO. DON VENANCIO sale muy de prisa del cuarto de la izquierda, y cruza el teatro.

VENANC. Agur.

CALIST. Beso á usted la mano.

VENANC. (Volviéndose desde el foro.) Sé llama usted don Calisto?

CALIST. Servidor de usted.

VENANC. Tio de un jóven...

CALIST. Tío de un basilisco.

VENANC. Agur. (Váse por el fondo.)

CALIST. Eh!! dígame usted, caballero... (Le sigue: Don Venancio desaparece.) A qué vendrán esas preguntas? (Bajando á la escena.) No; yo he de saber... (A este tiempo van á salir de la primera puerta ízquierda Antonio y Doña Sabina. El primero que sale vé á don Calisto, y cierra las hojas dejando á doña Sabina encerrada, y se queda turbado pegado á la puerta de espaldas.

ANTON. Uf!!

CALIST. Qué es eso?

ANTON. (Por fortuna no me conoce.) (Doña Sabína dá golpes,)

CALIST. No oye usted que llaman á esa puerta?

ANTON. (La vieja lo va á echar á perder.) (Llaman.)

CALIST. Qué hace usted ahí parado, alma de Dios?

ANTON. Y á usted qué le importa? (Golpes.) Allá van. (Gritando y como si hablará con la persona que está encerrada.) No se puede salir, que hay aquí un perro que muerde!

CALIST. (Asustado.) Caramba! un perro que muerde?

ANTON. Sí, señor... sí. Alla en el corredor... como está oscuro no lo verá usted quizá...

CALIST. Vaya, con su permiso. (No sé yo por qué este quidam no me dá buena espina. (Váse por la segunda puerta derecha receloso como temiendo que salga en efecto el perro.)

ESCENA IV.

ANTONIO. DOÑA SABINA.

ANTON. (Se separa de la puerta; esta se abre y vá á salir doña Sabina.) Chiss! espere usted.

SABINA. Qué ocurre? (Antonio vá á ver si don Calisto se ha alegado.)

ANTON. Que acabo de ver á don Calisto.

SABINA. Cielos! Huyamos!

ANTON. No, ya no hay cuidado. Pero en cuanto amanezca tomaremos el portante.

SABINA. Y á dónde?

ANTON. Qué sé yo?

SABINA. Cómo? Ignoras que vendrá en persecucion mia, Además, puesto que yo, ó mejor dicho mi amor?

ha sido tan dócil, tengo derecho á saber qué proyécto es el de don Cárlos.

ANTON. (Animas benditas!)

SABINA. Tú que me has conducido aquí, podrás decirme..

ANTON. Vaya! Si señora.

SABINA. Don Cárlos no ha echado de ver sin duda lo arriesgado de este paso.

ANTON. Qué quiere usted? A veces no reconoce uno su error, hasta que se alla á la mitad del camino. (Asi me ha pasado á mí.)

SABINA, Tú mismo venias confuso, sin saber qué decirme, qué partido tomar.

ANTON. Con efecto... Cônfieso que estaba perplejo... pero al fin cobre resolucion, (y tomé el partido de sacar provecho del error.)

SABINA. Eh?

ANTON. Nada; pensaba en... en qué usted debe casarse con mi amo, para bien de todos.,. Esto es lo que hay que desear.

SABINA. Pues bien, tu amo qué hace que no viene? No me has dicho que no tardaria? Que nuestra fuga ha sido por temor á don Calisto su tio, parentesco que yo ignoraba, y que...

ANTON. Si señora. Vendrá y pronto: no tenga usted cuidado. Vendrá... (Digo, si no se ha ido con la otra.) Vendrá repito, amante, cariñoso, se postrará á esos píes... el cura echara á ustedes su bendicion y...

SABINA. Basta, basta; no me hagas sentir emociones tan fuertes, Antonio! Ves? toda me he conmovido... me he... Sí, sí; cuando digo que me he conmovido...

CANTO.

SABINA. Pensando en que se acerca
momento tan feliz,
tipiti.
No sé lo que me brinca,
(Llevándose las manos al corazon.)
con tanto gozo aqui.
Tipiti.
Mi corazon será,
tipita.
lo siento latir.
Tipiti.

Mi bien,.. ti, ti,,. mi amor.
Aaay!
Yo vivo para tí.

SABINA. (A un tiempo.) ANTONIO.

SABINA.	ANTONIO.
Tu amor es la esperanza	
de un rico porvenir:	
	Para mí.
sin él, ni el oro quiero,	
que guarda el Potosi.	
	(Aparte.) Pues yo sí.
Mi corazon será,	La vieja ciega vá,
tipita.	tipita.
lo que siento latir.	Mis planes á seguir
Típiti.	tipiti.
Mí bien, tí, tí, mi amor	Qué haré ti, ti, no sé.
Aaay!!	Aaay!!
Yo vivo para tí,	La cosa está en un tris.

ANTON. (Rumor dentro.) No oye usted? Bueno será quitarnos de esta sala... ó si no mejor es que usted se retire á su cuarto, y que yo vaya á espiar á don Calisto, porque á decir verdad no las tengo todas conmigo.

SABINA. Sí, sí... y si ocurriese algo...

ANTON. Doy la alarma... ó la aleluya si veo llegar á mi amo.

SABINA. Dios lo traiga pronto. (Se va por la primera puerta izquierda.)

ANTON. Y haga que no se encuentre con el viejo! Por este lado creo que se marchó! Esploremos el campo! Ay! si ya que he concebido la idea de retener á doña Sabina, no cuaja la boda esta vez como deseo... me drados estamos! Y qué dirá á todo esto mi Juana? (Se detiene á un lado.) Qué veo!

ESCENA V.

ANTONIO. CARLOS. EL CABO CORREA le trae por fuerza; Carlos se queda pensativo sin ver á Antonio.

CORREA. Punto en boca, y adelante, caballerito. Yo no admito réplicas, ó las contesto con la vara. Espere usted aquí al coronel, segun acaba de mandarle. (Se vá.)

ANTON. (Le han echado el guante!)

CARLOS. Yo soldado! Yo sujeto á un cabo de escuadra! Oh! (Tira la sillá en que está apoyado, hácia donde está Antonio.)

ANTON. (Dando un brinco.) Ay!

CARLOS. Quién es? Calle!

ANTON. Señorito de mi alma! Usted soldado! (Va á brazar á su amo: este le da un pescozon.)

CARLOS. Toma, tunante.

ANTON. (Huyendo.) Qué hace usted?

CARLOS. Ven acá.

ANTON. (Muy retirado.) Señor...

CARLOS. Ven acá té digo...

ANTON. Me vá usted á sacudir otra vez?

CARLOS. (Desde lejos.) No: ven, hijo mio, ven.

ANTON. Ay señorito, ese cariño me anuncia otro pescozon.

CARLOS. (Trayendole de una oreja.) A quién sacaste de la quinta esta noche?

ANTON. A... á la...

CARLOS. A la bruja de doña Sabina!

ANTON. Pero si me equivoqué...

CARLOS. Señor don Antonio, usted es un trapalon de primer órden... Usted, llevado por la aficion al dinero, se ha empeñado en casarme con la vieja... (Antonio va á hablar.) Calla ó te sacudo.

ANTON. Pero señorito de mi alma, si la otra.., Zas! Se escabulló sin saber cómo. Tengo yo la culpa?

CARLOS. Pero en cambio me tiene usted guardadita aquí á doña Sabina. (Antonio hace con la cabeza señales afirmativas tímidamente.) Si eh? Pues tambien esta... Zas! Es preciso que se escabulla al instante ó si no le doy á usted mucho que contar y no dinero.

ANTON. Ya me lo presumo. Por eso ando tras de él, y usted no me lo agradece.

CARLOS. Ahora mismo ha de regresar doña Sabina á su casa... (Antonio vá á hablar.) nada; ahora. No te vuelvas á presentar sin haberlo verificado, porque haré contigo lo que no ha mucho quiso conmigo hacer el cabo de escuadra.

ANTON. Mas...

CARLOS. Corre, ó vive Dios...

ANTON. (Aparte.) Todo se lo llevó la trampa. (Ya en la primera puerta derecha.) Y cómo me las compongo ahora con la vieja?

CARLOS. (Desde lejos y viendo que tarda en irse.) Antoñito

ANTON. (Desde la puerta.) Si voy al instante, Pero....

CARLOS. (Se vá á él para sacudirle. Antonio se vá corriendo.) Antoñito!

ANTON. No hay remedio!

ESCENA VI.

CARLOS. Despues ANTONIO. DOÑA INÉS,

CARLOS. Sí, cúmplase mi suerte. Casándome con doña Sabina, sé que me libraría de todo.., pero; nó nunca venderé así mi libertad. Mí libertad!... Y la tengo acaso? No importa, Entre doña Sabina y el cabo de escuadra... elijo al cabo. Ay! quién me dijera anoche, cuando ya creia tocar la dulce realidad de mis sueños.., cuando aquella aparicion repentina... aquella cancion que tan impresa se quedo en mi oido... Si, aun me parece estarla oyendo!...Qué dulce recuerdo! Cómo empezaba? Ah!

CANCION DEL ACTO PRIMERO.

CARLOS. (Cantando.) Siempre el niño amor que es ciego.

INES. (Dentro.) La fortuna lo guió (Cantando en el mismo tono.)

CARLOS. (Representando.) Dios mio, estoy soñando?

INES. (Cantando.)
Si perdido estás de amores
tu fortuna seré yo.
Larará, laralará.

CARLOS. (Mientras canta doña Inés.) Esa es su voz! su voz angélical Qué es esto? Ah! Yo me vuelvo loco de placer! Es ella sin duda... es...

INES. (Cantando.) Yo soy la fortuna.

CARLOS. (Dando vueltas por la sala y cantando con mucho desentono.) Y yo soy tu amor. (Representando.) Pero dónde se oculta?

INES. (Cantando.) Larará, lararálara.

CARLOS, Por aquí... no... hácia ese otro lado... Tampo-

co... Angel mio! Mi bien! ¡Oh! Busquémosla. (Entra en el primer cuarto derecha.)

ANTON. (Saliendo en seguida por donde entró antes.) Vamos, yo no tengo valor para decírselo á doña Sabina. Me va á arañar cuando menos! Si el consintiera en escribirla... yo... la...

CARLOS. (Dentro.) Dónde está?...

INES. (Saliendo del cuarto donde entró Cárlos. cubierta con el velo de la capota como en el primer acto.) No me ha encontrado! Oh! Quiero sin darme á conocer aun, interrogarle.

ANTON. Una encubierta!

INES. El criado? Chis! silencio!

ANTON. Cómo? Quién es usted? Sepamos...

INES. (Le da un bolsillo.) Toma.

ANTON. (Con viveza.) No me lo diga usted ya. (Guárdandole.)

INES. Respóndeme pronto. Tú amo, está en efecto enamorado?

ANTON. Eh?

INES. Nada me ocultes. Yo sé parte del secreto de ese amor y....

ANTON. (Nos ha descubierto!) Cállelo usted por la virgen! Aquí no hay nada de ilícito. Se casarán... No lo dude usted... se casarán.

INES. Quiénes?

ANTON. Ellos! No ha caido usted? Mi amo y doña Sabina.

INES. Cielos!

ANTON. Su pongo que usted se alegrará...

INES. Qué dices, bribon? (Le pellizcá.)

ANTON. Ay! (Pellizca como una bruja.)

INES. (Pérfido!) Se casa por el vil interés, mientras yo procuro librarle de ser quinto.

CARLOS. (Dentro.) Nadie!... no encuentro á nadie!

ANTON. Mi amo!

INES. (Si yo pudiera impedir esa boda atrayéndole de nuevo.) Escucha; anúnciale que una desconocida quiere hablarle.

ANTON. Pero...

INES. Yo te observo; si cumples bien, cuenta con otro regalo. (Se retira al fondo.)

ANTON. ¿Qué nuevo embrollo es este?

CARLOS. (Saliendo.) Nada; mis pesquisas han sido inútiles. Solo he dado tropezones en ese maldito corredor! Pero esto es sobre-natural,... Eso es...

Todavia estas aquí, miserable?

ANTON. Señor, óigame usted, y...

CARLOS. Esperas todavía? Vete, vete: por que se me agolpa la sangre á la cabeza, y soy capaz...

ANTON. Es que... Es que hay una persona que... (As ustado.) No me eche usted esos ojos.

CARLOS. Acaba.

ANTON. Una persona que quiere hablarle... (Señalando el sitio donde está Ines retirada.) Que esta ahí.

CARLOS. Ahi? Traes á doña Sabina (Bajo.) para que viéndola ceda yo. Eh? Pues que se prepare á oirme

ANTON. (Aparte á don Cárlos.) Señor, si...

CARLOS. Casualmente estoy de un humor de todos los diablos, y lo voy á descargar sobre ella. Así acabaremos de una vez.

ANTON. Pero...

INES. (Acercándose y sin presentarse.) Don Cár...

CARLOS. (Interrumpiéndola vivamente y con sequedad sin volver la cara.) Señora, omitamos esplicaciones inútiles. Siento decírselo, pero... ni yo la he querido á usted ni la quiero.

INES. (Qué escucho!)

CARLOS. La dije que la amaba... pero en esto hice con usted lo mismo que con mis acreedores.

INES. Oh! qué afrenta!

ANTON. Advierta usted...

CARLOS. Nada nada!.. Lo dicho. Señora, mis desgracias no me permiten ser tan galante como quisiera... así pues... basta de farsa: cese usted de perseguirme y renuncie usted para siempre á mi amor. (Se dirige bruscamente para marcharse hacia la primera puerta izquierda.)

ANTON. Tómate esa!

ESCENA VII.

Dichos. DOÑA SABINA. DON DIEGO. DON CALISTO.

SABINA. (Saliendo por la misma puerta.) Cárlos.

CARLOS. Cielos!

ANTON. (Aquí fué Troya!)

CARLOS. Doña Sabina! Pues entonces?...

SABINA. Qué tienes?

CARLOS. Esa es otra!...

INES. Adios para siempre!

CARLOS. Ah! Bruto de mí! que es lo que he hecho?

SABINA. (Celosa, asiéndole por la mano.) Quién es esa lechuza?

CARLOS. (Por Ines.) Sujétala, Antonio; que se vá.

ANTON. Alto!

CALIST. (Dentro.) Posadero, mi cama.

SABINA. (Asustada.) D. Calisto!

DIEGO. (Dentro.) Que formen los reclutas.

INES. Don Diego! (Yéndose por el foro izquierda azorada.)

CARLOS. Oh! Deja que mis ojos!...

SABINA. No, no lo consiento. (Poniéndose delante de don Cárlos.) Esto es una infamia!

CARLOS. Señora.

ANTON. (Bajando corriendo desde la segunda puerta derecha.) El viejo! El viejo! El viejo!

SABINA. Ah! (Viendo á D. Calisto, huye por la puerta derecha. Antonio la cubre con su cuerpo.)

CALIST. (Saliendo y señalando hácia donde se fué doña Sabina.) Yo conozco aquel bulto!

CARLOS. (A su tio.) Por dónde se ha ido?

CALIST. Eso digo, por dónde se ha ido?

CARLOS. Era ella!

CALIST. Ella? Bien me pareció á mí.

CARLOS. Luego usted la conoce?

CALIST. Cómo que si la conozco!

ANTON. Quién me compra un lio?...

DIEGO. (Saliendo.) Era ella!

CALIST. Usted tambien la ha visto?

DIEGO. Sí; pero desapareció sin saber cómo, por allí!.

CARLOS. Por allí!... (Corre y se vá por el fondo.)

DIEGO. Y su sobrino de usted la sigue!... Oh! no consentiré que nadie me dispute su amor.

CALIST. Cómo! Luego usted tambien ama á esa arpía?

DIEGO. De quién está usted hablando?

CALIST. Hombre, y usted de quién habla?

DIEGO. De ella.

CALIST. Pues de ella hablo yo.

DIEGO. Y la llama usted arpía?

CALIST. Esto es increible! conque le parece á usted jóven?

DIEGO. Sí señor, por qué no?

ANTON. (Riendo.) Já, já já.

CALIST. Calle! el quidam de hace poco!

DIEGO. Si es el criado de don Carlos,

ANTON. Yo me escurro!
CALIST. Ese? Y se escapa? Ese lo sabe todo.
DIEGO. Ah! bergante!
CALIST. Quieto aquí. (Le cojen.)
ANTON. Perdido soy!

CANTO.

Terceto.

DIEGO. Pronto, pronto, y sin ruido...
ANTON. Pero...
DIEGO. No hay que replicar.
Del enredo que nos cerca,
á decir vas la verdad.
ANTON. (En alta voz.)
Yo señores...
DIEGO. CALIST. } (Imponiéndole silencio.)
Chis!
ANTON. (En voz muy baja.)
No entiendo
lo que quieren preguntar.
DIEGO. CALIST. } Dinos toda la verdad.
ANTON. (No sé como he de escapar.)
DIEGO. Dinos, quién era
la que aquí entró
y que á tu amo
sin duda habló!
CALIST. Dinos, quién era
la que aquí entró
y que asustada
viéndome huyó!
ANTON. Ay! si supieran
lo que sé yo!
Tiempo há que un duende
nos da pavor.
CALIST. Eso es tramoya.
DIEGO. (Amenazandole.)
Cuenta bribon.
ANTON. Este duende es una niña.
DIEGO. CALIST. } Niña?
ANTON. Y tambien es una vieja.

Diego. Calist.	Vieja?
Anton.	(Con gesto risueño.) Ya tiene cara de pascuas.
Diego. Calist.	Cómo?
Anton.	(Con gesto triste.) Ya la tiene de cuaresma.
Diego. Calist.	Cuenta.
Anton.	(Con gesto apacible.) Hoy nos mira cariñosa.
Diego. Calist.	Calle!
Anton.	(Con gesto feroz.) Míranos, mañana fiera.
Diego. Calist.	Fiera?
Anton.	Y tanpronto se aparece. Psss! Como rápida se aleja.
Diego,	(Cogiéndolo de una oreja.) Si embrollarnos tú pretendes...
Anton.	Ay!
Calist.	Lo entiendes?
Diego.	Si tu lengua nos mintió!
Anton.	No.
Calist.	Mintió.
Diego.	Pronto un cabo en tus espaldas me dará satisfaccion.
Anton.	Inocente soy, señores, concededme mi perdon!
Diego.	Aléjate al punto: sal, tuno, de aquí, si no mis enojos caerán sobre tí.

A un tiempo.

Antonio.

Retírome al punto,
que estoy en un tris,
y á poco que tarde
me vá á sacudir.

Calisto.

Aléjate al punto,
bergante de aquí,
si no á garrotazos
te haré yo salir.

(Antonio se va corriendo.)

CALIST. Conque le deja usted escapar?

DIEGO. Sí pero yo tomaré en cambio mis medidas, y pronto se despejara la incógnita.

CALIST. Eso es lo que yo busco; la incógnita.

DIEGO. Por lo que hace á don Carlos, que se prepare á marchar con los reclutas á Guadalajara esta misma noche.

CALIST. Lo apruebo: sobre él debe caer...

DIEGO. Hola! Cabo Correa!

CALIST. Ese. El cabo de la correa.

CORREA. (Saliendo.) Mi coronel.

DIEGO. Que no se deje salir de esta posada á muger alguna.

CALIST. Entiende usted? En viendo faldas, de comiso inmediatamente.

SABINA. (Que ha estado con la cabeza asomada escuchando en la primera puerta de la izquierda). Ah! (Cierra velozmente.)

DIEGO. Ademas que se reunan los reclutas; quiero pasarles revista para que dentro de una hora marchen á Guadalajara.

CORREA. Está bien, mi coronel. (Se vá.)

DIEGO. Usted entre tanto puede retirarse á descansar. (Vá á irse.)

CALIST. (Deteniéndole.) Palabra! Yo me iba á casar con esa mujer:

DIEGO. Cómo?

CALIST. Yo iba á estrechar el vínculo, pero despues del paso escandaloso que ha dado, despues de saber que usted la ama..., solo me resta cuatro palabras que decir... Muy buen provecho,

DIEGO. Pero qué está usted hablando?

CALIST. Yo me entiendo. Nada. Y estoy sereno frio como una garapiña.

DIEGO. Si usted toma el rábano por las hojas.

CALIST. (Muy incomodado.) No señor: yo tomo el rábano por el rábano.

DIEGO. Mire usted que equivoca la..,

CALIST. Lo que si le encargo, es, que antes de cedérsela á mi sobrino, prefiera usted.... lo que va á hacer... casarse con ella.

DIEGO. Si no me deja usted hablar...

CALIST. Lo dicho, casarse con ella.

DIEGO. Pero...

CALIST. Yo la traspaso sin maldita la pena.

DIEGO. Eh! no hay forma de entenderse con usted. Está usted ciego. (Se va vivamente por el foro.)

CALIST. (Siguiéndolé hasta la puerta.) No, afortunadamente he abierto cada ojo como un plato y... (Bajando á la escena.) Quién lo hubiera creido! Y no hay duda! El coronel andaba en trapicheos con doña Sabina. Bien se ha descubierto á si mismo. Y ahora me ocurre... Si habrá venido á esta posada por que el coronel se aloja en ella?

ESCENA VIII.

Dichos El TIO EMETERIO. DON VENANCIO que sale precipitadamente.

CALIST. (Este se ha quedado pensativo en el primer término de la escena. Don Venancio sale por el fondo como un rayo, pasa por delante de don Calisto, á quien hace volver de su cabilacion espantado, y se mete en seguida por la primera puerta derecha.) Calle! Otra vez este zángano? Y ni siquiera saluda el muy grosero,.. Ay! el cansancio me rinde... Y el caso es, que no quisiera acostarme hasta dar con la pérfida... Pero á donde me acuesto tampoco? (Al tio Emeterio que sale muy despacio.) Hombre, gracias á Dios que volvió usted.

EMETER. Pues si he venido volando.

CALIST. Sí, como un buey. Vamos. Dónde está mi cuarto, mi cama?

EMETER. Voy á mandarla hacer.

CALIST. Ahora salimos con eso? Hombre! hombre! usted me vá á precipitar!

EMETER. Cuando digo que no tardo media hora.

CALIST. Media hora!

EMETER. Si antes tengo que echar un pienso á los caballos.

CALIST. No me haga usted la cama... no me la haga usted, hombre.

EMETER. Dale! que voy digo.

CALIST. (Don Venancio sale muy de prisa.) Pero mueva usted esas piernas. (Señalando á don Venancio.) Aprenda usted de ese galgo.

VENANC. (Volviéndo y acercándose á don Calisto) No está?
CALIST. Eh?
VENANC. Voy á verlo. (Don Vénancio se va á ir, don Calisto le coje.)
CALIST. Que sea enhorabuena. (Don Venancio hace por irse. Pero qué está usted preguntando? Estese usted quieto. (Empujando al tio Emeterio.) Hombre, muévase usted. (Don Venancio aprovecha este momento y se marcha velozmente. Don Calisto vuelve cara y se encuentra sin él. El tio Emeterio se va muy despacio.) Adíos! Ya se me escabulló! Es un vapor con fuerza de doscientos caballos!... Y él algo trae conmigo... Sí, algo que...

ESCENA IX.

DON CALISTO. DON CARLOS con un enorme chacó en la cobeza

CARLOS. Mire usted lo que me han puesto! Mírelo usted, tio despiadado.
CALIST. Esto me faltaba!
CARLOS. Ese grosero cabo de escuadra, cuando yo corria buscando á la que adoro... me ha quitado el sombrero, encajándome este horrible chacó.
CALIST. Y ha hecho muy bien,
CARLOS. Es decir que se recrea usted en mi figura!... Que se goza en mi desdicha... Pues no será.
CALIST. Cuenta con lo que haces!
CARLOS. Lo que hago? Desertar. Ya se lo dige. Yo no quiero llevar esto. Déme usted su sombrero. (Se lo quita.)
CALIST. Mi sombrero!
CARLOS. Ahí va el mio! (Le pone el chacó.)
CALIST. Insolente! Ay! que se me cuela hasta las orejas! Si no mirará! Pero, anda. (Se lo saca.) Bien vengado quedo de tí!
CARLOS. Vengado?
CALIST. Despreciaste á tu prima, y vas al ejército,.. abrigaste un amor absurdo..... y el coronel te ha desbancado.
CARLOS. Cielos!
CALIST. (Y á mí tambien que es lo peor.)
CARLOS. El coronel la ama? Y ella, ella!...

CALIST. Ella es capaz de amar á un saco de arroz.

CARLOS. Dios mió! Eso no es posible! Sí: por desgracia sus últimas palabras me dieron á entender que se alejaba para siempre de mí.

CALIST. Claro... porque tú esta noche partes con los reclutas á Guadalajara. Conque á Dios, hijo mio. (Se pone distraido el chacó que se le vuelve á meter.) Uf!... Reniego de.... (Lo tira.)

CARLOS. (Sentándose abatido.) Luego solo ha querido esta muger burlarse de mí? Pero á qué perseguirme! entonces, á qué?... Será quizá que mi funesto error de hace poco?.. Y no poder conseguir el verla! Sincerarme!... Saber en fin... (Se levanta.) No sé lo que me pasa! Eh! basta de sufrimientos, y pues nadie tiene ya compasion de mi... No hay que reflexionarlo mas. Si, seré de doña Sabina.

(Música.)

CANTO.

CARLOS.
No importa que esta boda
me cuesté la pelleja,
esposo de la vieja
hoy mismo voy á ser.
Aunque su cara es fea,
si bien se reflexiona,
mas fea es una mona...
y al fin ella es mujer.
Ay! aquello
es un vestiglo,
tiene un siglo
en cada pié.
Cuando gruñe
es que suspira,
cuando mira
es que no vé.
Y si, en fin, enamorada
un suspiro lanza ardiente,
no es suspiro que es un diente.
no es un diente, que son dos.

(Llamando.) Antonio! Antonio! Dónde se ha metido ese tuno? Antonio?

ESCENA X.

DON CARLOS. ANTONIO.

ANTON. Señor.

CARLOS. Y doña Sabina?

ANTON. Doña Sabina está furiosa. Dice que usted la ha engañado, que solo quiere ya irse... reconciliarse con don Calisto.

CARLOS. Pues dila tú que la espero mas amante que nunca.

ANTON. (Abrazándole con gozo.) Amo de mi vida! Pero es el caso que no sé donde está.

CARLOS. Como! tunante! Asi abandonas á la que va á ser mi esposa! á la que va á ser la única salvacion de tu amo?

ANTON. Señor, pues usted mismo no me dijo que no la queria ver ni pintada?

CARLOS. Yo no le he dicho á usted eso.

ANTON. Como que...

CARLOS. (Amenazándole.) Yo no lo he dicho, señor don Antonio.

ANTON. Bien: convengamos en ello: mas doña Sabina no está en su cuarto. Al oir hace poco al cabo que daba órden para que no dejasen salir mujer alguna de la posada, fué tal el pavor que la acometió, que echó á correr, y no sé ni donde ha ido, ni cuáles son sus proyectos.

CARLOS. Cielos! Y á mi que quieren conducirme á Guadalajara!

ANTON. Sí, tambien oimos decir que los reclutas salian dentro de poco. Esto fué lo que la hizo marcharse. Pero qué! Se lo llevan á usted, señor?

CARLOS. Sí, Antonio sí. Tu pobre amo va á cargar con la mochila y el chopo...

ANTON. Siendo usted un mozo de tanta chapa!

CARLOS. Por eso se ha despertado de nuevo en mi alma la idea de casarme con la que me puede salvar.

ANTON. (Con tono sentimental.) Los sentimientos puros y desinteresados dominan siempre, querido amo.

CARLOS. (Dándole un pescozon.) Me sueltas pullas, tunante?

ANTON. Ay!

CARLOS. Sigueme: vamos en busca de doña Sabina.

ANTON. Sí, de ese ángel...

CANTO.

CORO. Cantad, compañeros
qué pronto el fusil
un lauro glorioso
nos va á conseguir.
Echemos al diablo
pesares en fin,
que siempre el soldado
fué alegre y feliz.

INES. Sí, sí, sí, sí,
(Presentándose.)
fué alegre y feliz.

CORO. Graciosa aldeana...

INES. Mil gracias y mil.

UNOS. Quién eres?

OTROS. Quién eres?

INES. Lo voy á decir.

CARLOS. (Mientras sigue la orquesta.) Cielos!

SABINA. (Que horror! Tener yo que ver á los soldados requebrar á las criadas del meson!)

INES. (Cantando.)
Jardinera soy, señores,
en los campos de Alcalá,
mas las flores que yo vendo,
no hay quien las quiera comprar.

SABINA. (Representando sin que cese la música.) (Digo, qué tales serán ellas.)

INES. (Canta.)
Doy la rosa nacarada,
doy el lirio y el azahar...
(Mirando á Cárlos que se ha levantado.)
mas no aprecian los zagales
flores de esta calidad.

CORO. A la flor de tu hermosura
otra alguna igualará,
y tal vez te se marchiten
de tus ojos al brillar.

CARLOS. (Representando.) Su vista se fijaba en mi... Ese acento, esa estatura...)

INES. (Canta.)
Flores vendo en que sus perlas
viene el alba á derramar,
y aunque ven que son hermosas,
no hay quien las quiera comprar.

A un tiempo.

INES.

Doy la rosa nacarada,
doy el lirio y el azahar...
mas no aprecian los zagales
flores de esa calidad.

CORO.

A la flor de tu hermosura
otra alguna igualará,
y tal vez te se marchiten
de tus ojos al brillar.

ESCENA XIII.

Dichos. EL CABO CORREA. Despues DON CALISTO.

CORREA. Eh, muchachos á tomar el rancho para ponerse en camino. (A don Cárlos.) Usted permanecerá aquí hasta saber cual es la pena que el coronel le ha impuesto. (Los soldados se van.)
CARLOS. (Impaciente sin cuidarse mas que de doña Inés.) Bien sea lo que sea; oh! que hermosa, qué...
INES. No se arrime usted tanto, señor soldado.
CARLOS. (Si; es la misma voz.)
CORREA. (Dirigiéndose de lejos á doña Sabina que está sentada.) Tú, boliche!...
SABINA. Ay de mí!
CORREA. Arribita y vamos andando.
SABINA. (Si pudiera escaparme al salir...) (Se va con el Cabo.)
INES. Me mira apasionado! Ah! Yo triunfo!
CARLOS. (Oh! qué idea! Si es ella, pronto la turbacion de su rostro me lo dirá! Probemos.)

ESCENA XIV.

DOÑA INES. DON CARLOS.

(Doña Ines está vuelta de espaldas acariciando un ramo que tiene en la mano. Don Cárlos pasa al otro lado, y mirándola de hito en hito, canta el siguiente verso de la cancion del acto primero.)
CARLOS. Yo soy la fortuna.

INES. (A parte y volviéndose al otro lado.) Oh!
CARLOS. Se vuelve! (Lo hace él tambien cantando al mirarla como antes.) Serás tu mi amor.
INES. (Disimulando.) Eh? Qué romance me está usted cantando?
CARLOS. Lara la, la! (No se turba.) Lara la, la, la, la...
INES. Adonde ha oido usted ese sonsonete tan feo?
CARLOS. Siempre que un eco de voz dulce como el tuyo ha resonado en mi oido.
INES. (Se vuelve apoyando una de las manos en el respaldo de la silla.) Qué estravagancia!
CARLOS. Sí, siempre que... Ay! Qué aire tan distinguido! Qué pié!.., Qué mano tan blanca y tan torneadita! (Le dá un beso en la mano) Ph!
INES. (Volviéndose con entereza y dignidad.) Caballero!
CARLOS. Ay! Eso no lo dice así una lugareña.... tú.... usted no es lo que parece. es decir... usted es lo que me parece á mi... Tampoco. Tú no eres... tú eres.
INES. Yo no soy nadie...
CARLOS. (De rodillas.) Tú eres la que yo adoro.
INES. Já! já! já! já!
CARLOS. Oh! Acaba de atormentarme! No, no te vayas, ó te seguiré de rodillas donde quiera...
INES. Déjeme usted, señor soldado.
CARLOS. (Siguiéndola de rodillas.) No te vayas... no te vayas.
ANTON. (Saliendo.) Señor, señor.
CARLOS. (Levantándose.) Maldito seas.
INES. (Aparte viendo venir á don Calisto.) Mi tio. Ah! prevengámosle. (Se vá hacia el foro.)
ANTON. No sabe usted lo que ocurre?
CALIST. (Saliendo y reconociendo á Ines.) Qué veo!
INES, Chis!... (Le habla bajo.)
CARLOS. Despacha.
ANTON. Doña Sabina al ver que no dejaban salir á mujer alguna en esta posada, se ha puesto para huir uno de los uniformes que en un cuarto estaban destinados para los reclutas, y...
CARLOS. Eh? Pues estará bonita. Que se vaya con ellos.
ANTON. Pero señor!
CALIST. (A parte á Ines.) Qué locura! Esplicame al menos...
CARLOS. (A Antonio que le habla bajo.) Que me dejes.

ANTON. No: yo he de ver si la reduzco... (Se vá.)

CARLOS. (Viendo á don Calisto.) Tio! Usted conoce á esta aldeana? ó mejor dicho, es en efecto lo que parece?

CALIST. Yo... la...

INES. Calla! es usted pariente de don Calisto?

CARLOS. Usted le conoce?

INES. Vaya! Como que siempre que me ha comprado flores en Alcalá, me ha echado unos ojos tan tiernos.

CALIST. Yo?

INES. (A Don Calisto.) (Chiss! apóyeme usted!)

CARLOS. Tio... usted pone los ojos tiernos todavía?

CALIST. Cómo que si los pongo? A usted que le importa?

CARLOS. Oh! Hable usted: quien es esta muger.? (Poniéndose en medio.) Aquí se oculta algun misterio: usted se turba! No vuelva usted la cara á otro lado. (Ines hace señas á don Calisto para que calle. D. Calisto ha querido volverse; pero don Cárlos le dá media vuelta para mirarle cara á cara.)

CALIST. Señor sobrino!

INES. Pues bien. El misterio es que don Calisto acaba de prometerme su mano, y que yo la he aceptado gustosa.

CALIST. (Uf! qué embustera!)

CARLOS. Su mano! El... pero tio... Cuando no puede usted con la bula!

CALIST. Deslenguado.

INES. (Aparte á don Calisto como fingiendo sujetarle.) Apóyeme usted; su sobrino me ama; todo va á arreglarse.

CARLOS. Y cree usted que yo he de consentir union tan monstruosa? Yo... yo que... en fin... yo que amo á esta muger, sea ó no la que ha tiempo me burla. Pero la amo porque ella es la imágen que tantas veces he adorado en mis sueños.

INES. Yo? Usted delira!

CARLOS. No, no: un secreto impulso me llama hácia tí.

CALIST. Qué escucho?

INES. (A don Calisto.) No se ablande usted aun.

CALIST. (Aparte á Ines.) Bien. (Alto á Carlos.) Conque es decir que basta que yo ame á cualquiera para que usted me la pretenda quitar. (Aparte á Ines.) Así?

INES. (A don Calisto.)(Así.)
CARLOS. Tome usted á Doña Sabina. Cambiemos, tio.
CALIST. Dóña Sabina? Despues que me ha engañado? Para qué me sirve á mi eso?
SABINA. (En el fondo.) Qué veo!
INES. Ademas, hijo mio. No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.
CARLOS. Segun. Yo no he pagado las mias, ni pienso pagarlas, conque el argumento no me sirve.
INES. Pues este será infalible!
CALIST. No recuerda usted ya lo que ha hecho conmigo? Pues quien á hierro mata...
CARLOS. Conque despues de haberme abandonado se goza usted aun en mis celos!
CALIST. Como usted se gozaba en los mios!
INES. (A don Calisto.) Bravo!
CALIST. Oh! qué dulce es la venganza! Oh, le he de hacer sufrir, lo mismo que el á mí con doña Sabina. (A Ines.) Ven querubin!... Ven, siéntate á mi lado! (Lo hace.)
SABINA. (En el fondo y con ira.) Ah!
INES. Con mil amores.
SABINA. (Ah pícaro viejo! Cuando yo queria reconciliarme con él!)
CARLOS. Esto no se puede sufrir! Y hablan bajo! (Metiéndose entre los dos.) Tio, qué le está usted diciendo?
CALIST. Quita esa cabeza!
CARLOS. Luego esto vá deveras? Luego quiere usted abusar de este ángel... sumirla en la oscuridad... en la tristeza... Y á eso llama usted amor?
INES. (Aparte á don Calisto.) Firme... adelante.
CALIST. En la tristeza? Está usted equivocado; no, no crea usted que voy á seguir el método de vida que hasta ahora he llevado. Los desengaños me lanzan de nuevo al mundo.
CARLOS. A usted?
INES. Si, si, al gran mundo!... á los placeres!...
CARLOS. Y ella le apoya! Pero tio.
CALIST. Qué? Se le figura á usted que es usted solo el que puede brillar? Eso se le acabó y ahora me toca á mí. Sí señor! Y me divertiré y bailaré.
CARLOS. A costa de mi desesperacion!
CALIST. No bailó usted á costa de la mía?

CARLOS. Eso es imposible.
CALIST. Imposible que yo baile? (Se dispone á ello.) Allá voy.
INES. Qué hace usted?
CALIST. Devolverle una polka que me debe.
CARLOS. Tio, se le ha vuelto á usted el juicio?
CALIST. Nada!... venganza, ven... (Empieza á bailar la polka con Ines.) Tararira, tara...
SABINA. Que miro! Ah! Libertino!
CARLOS. Que se va usted á caer.
INES. Já! já! já! ja!
CARLOS. Por vida de...
SABINA. Luego yo sola soy la víctima de todos! (Tirando del sable y viniendo hacia don Calisto.) Infames!
CARLOS. Doña Sabina.
CALIST. Uf! qué vision!
INES. Cielos! (Huyendo se va.)
SABINA. Mónstruo!
CALIST. Que me mata esta arpía!
SABINA. Ay! ay! Yo me ahogo! (Tira el sable y se desmaya en brazos de Cárlos.) Ay!
CALIST. Pero quién ha puesto asi á esa muger?
CARLOS. Y la otra se va!... Venga usted á agarrarla.
CALIST. (Separándose.) Yo no!
CARLOS. Que la tiro! Antonio! Antonio!
ANTON. (Saliendo.) Señor!
CARLOS. (Le pone á doña Sabina en los brazos.) Toma esto.
ANTON. (Sosteniéndola.) Ay!

ESCENA XVI.

Dichos. DON VENANCIO muy deprisa con unos papeles en la mano. ANTONIO. INES y el tio EMETERIO.

EMETER. Qué bulla es esta?
VENANC. (A don Calisto.) Y doña Ines?
CALIST. Cómo! mi sobrina?
CARLOS. (El tio Emeterio ve á doña Sabina desmayada y pasa á su lado.) Su sobrina! Oh! qué rayo de luz! Tio...
VENANC. Voy á llevarle esto...
CARLOS. Qué? alto aquí, cara de cuervo.
VENANC. Estoy deprisa. (Va á irse, don Calisto le coge de los faldones y le sigue.)

CARLOS. Tio, óigame usted...

CALIST. Yo no suelto.

CARLOS. (Agarrando tambien los faldones de la levita de su tio.) Ni yo á usted, sin que antes me declare mis sospechas. (Don Venancio estendiendo el cuerpo y los brazos para irse, don Calisto sujetándole de los faldones del frac. Cárlos sujetando á su tio de los faldones de la levita. Este grupo se deshace al presentarse doña Ines.)

ANTON. (Doña Sabina empieza á volver.) Ya vuelve en sí!

CALIST. Déjame!

CARLOS. No... es preciso que yo sepa...

INES. (A Cárlos saliendo.) Yo se lo diré.

CARLOS. (Cayendo á sus pies.) Ah!

CALIST. Inés!

VENANC. (Acercándose rápidamente á doña Ines y dándole unos papeles; se marcha.) Hasta mañana.

CALIST. Pero qué significa!

CARLOS. Oh! Sepa yo de una vez!...

INES. Es muy sencillo. Usted despreció un dia mi mano, y ahora en cambio le veo de rodillas pidiendo ..

CARLOS. Pidiendo perdon... porque... pequé... pequé... y pequé... y... Dios mio, qué dicha!

INES. Basta! Vea usted si nuestro tio le quiere echar la absolucion.

CARLOS. Tio! dice que usted me absuelva.

CALIST. Badulaque! En fin yo... (Va á bendecirle y ve á doña Sabina.) Uf!

CARLOS. Y á ella tambien.

SABINA. Ay! (Don Calisto dice con la cabeza que no.)

CARLOS. (Le toma el brazo á don Calisto y él mismo lo mueve.) Vamos. Ego te... etc.

SABINA. Si un cruel desengaño basta...

CALIST. Serpiente! Dios mio parece un culon!

CARLOS. (Le une con doña Sabina.) Tio, este es su puesto de usted: el mio... (Pasando al lado de Ines.) Aquí! Ah! que ingrato he sido!

EMETER. (Bajando en medio de los cuatro y con calma.) Con que preparan esa cama!... (A don Calisto.)

CALIST. Apártese usted, ó le...

CARLOS. (Preludio de marcha.) Ah!

TODOS. Qué!

CARLOS. Ese rumor me recuerda que tengo un rival, y

que van á separarme de estos sitios.

CALIST. Don Diego!..... (Mirando á doña Sabina.) Pues no era esta! Ah! Bestia de mí! y yo que creí...

INES. (A don Calisto.) Mi oro y el procurador don Venancio han sido mas eficaces que él: nada temas.

CALIST. Luego esa ardilla se empleaba...

INES. En proporcionar á Carlos su libertad.

CARLOS. Ellos son.

ESCENA ULTIMA.

Dichos. DON DIEGO. CABO CORREA, y soldados.

CANTO FINAL.

CORO. Marchemos al punto,
soldados venid,
que el alba ya asoma
y es fuerza partir.

DIEGO. (A Carlos.)
Llegada es la hora,
disponte á partir.

INES. Ya es libre y de esposa
la mano le dí.

CORO. Ya es libre.

DIEGO. Qué escucho!

INES. La prueba está aquí.
(Dándole el papel que le dió don Venancio. Don Diego lo lee.)

INES. (A Cárlos.)
Por tí velando siempre
solícito mi afan,
logro darte, bien mio,
amor y libertad.
Amanece.)

DON CALISTO Á SABINA.

Si con esa sotana
se viene usted á casar,
prefiero por esposa
la burra de Balám.

DON DIEGO.

Comprada su licencia
ya nada hay que esperar,
muy pronto otros amores
mi pena calmarán.

CORO. A marchar, á marchar.

PERSONAGES. (A un tiempo.) CORO.

Tras noche de azares
ya brilla por fin,
la luz precursora
de aurora feliz.

Marchemos al punto,
soldados venid,
que el alba ya asoma
y es fuerza partir.

FIN DE LA ZARZUELA.